



ISEDE
INSTITUTO SUPERIOR DE
EDUCACIÓN DIVINA ESPERANZA



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN



22^a LibroFeria
E n c a r n a c i ó n

ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN XI
Cuentos de la Libroferia Encarnación

22ª Librería Encarnación

ANTOLOGÍA
JÓVENES QUE CUENTAN XI
Cuentos de la Librería Encarnación

Encarnación, Paraguay
Septiembre de 2026

Créditos Editoriales

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los autores de los cuentos son moral y legalmente responsables de la originalidad expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la editorial.



EDITORIAL DIVESPER

Kreusser e/ Honorio González e Independencia
Nacional — Encarnación, Paraguay
Teléfono: 595 71 205454
email: editorial@unae.edu.py
www.unae.edu.py

Nadia Czeraniuk

Presidenta de la Comisión Organizadora de la Librería Encarnación
Dirección Editorial.

Verena Schaefer, Yenni Osorio, Nidia Cabrera, Rosana Benítez, Claudia Fritsch, Julia Stark y Graciela Lezcano

Comité de evaluación y corrección.

Henry Chávez

Corrección y revisión del estilo.

Milia Gayoso, Alejandro Hernández y Feliciano Acosta

Jurado a cargo de la selección de los tres primeros lugares.

Francisco Cantoni

Gestión de publicaciones, ilustración por IA, diseño y diagramación.

© EDITORIAL DIVESPER

112 Páginas

Impreso en Centro Gráfico

Encarnación, septiembre 2026.

ISBN: 978-99989-987-5-9



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Nadia Czeraniuk de Schaefer 7

PRÓLOGO

Bernardo Neri Farina 8

1. DEL LADO DE ADENTRO 13

Sofía Aquino Lugo

2. MORIR DE AMOR 18

Fernando Gabriel Vera Ruiz Díaz

3. CIUDAD NOSTALGIA 24

Cecilia Adriana Bogarín Figueredo

4. YVYRA PYTÃ 30

Fiorella Luján Insaurrealde

5. CUANDO EL RUISEÑOR SE ESCONDE 35

Guido Leandro Giménez Giménez

6. LA COLA-COLA 39

Enrique David Schulz Fischer

7. AQUELLA CHANCHA 42

Florencia Maribel Portillo López

8. CICATRICES Y LETRAS 49

María Fernanda Cabañas

9. CICLISTA DE PISTA 54

Tania Maricel Rivarola Fernández

10. EL ARTE PROVIENE DEL CORAZÓN 57

Gabriela Susana Hempel Luckmann

11. EL COLECTIVO 62

Jadashah Jazmín Sosa Ruiz Díaz

12. EL POETA Y UNA ROSA	68
<i>Adriana Cabral</i>	
13. EL VACÍO QUE APRENDÍ A LLENAR	73
<i>Angélica Luján Duarte Guerrero</i>	
14. HIJO DE MEDIODÍA	78
<i>Axel Roland Schulz Villalba</i>	
15. HUBIESE SIDO UN SER HUMANO	84
<i>Liz Mabel Verdún Núñez</i>	
16. LA FLOR DE LOS DESEOS	89
<i>Yamila Alejandra Dávalos</i>	
17. LUEGO DE TU PARTIDA	92
<i>Lara Flores</i>	
18. NO SALGAN DE NOCHE	96
<i>Fiorela Jazmín Rojas Vigo</i>	
19. SEGUNDA	102
<i>Dulce Samira Bernal Velázquez</i>	
20. UN TURRÓN ENTRE LOS ESCOMBROS	107
<i>Rocío Monserrat Delvalle Benítez</i>	

PRESENTACIÓN

NADIA CZERANIUK DE SCHAEFER¹

Con profunda satisfacción presentamos una nueva edición del Concurso de Cuentos Cortos “Jóvenes que Cuentan”, desarrollado en el marco de la 22ª Libroferia Encarnación “Lectura y Cultura para la Paz”. Esta iniciativa forma parte de un trabajo sostenido de promoción de la lectura y la escritura que la Libroferia impulsa cada año, convencidos de que leer, imaginar y escribir son también maneras de comprender el mundo, encontrarnos con los demás y construir una cultura de paz.

Cada edición nos confirma que existen numerosos jóvenes deseosos de contar, de crear y de expresar, a través de la palabra escrita, aquello que piensan, sienten, sueñan o descubren. Celebramos especialmente los 20 cuentos seleccionados para integrar esta antología, en los que encontramos voces jóvenes, miradas diversas y nuevas formas de acercarnos a la realidad y a la imaginación.

Ese es uno de los grandes propósitos de nuestro programa de promoción de la lectura y la escritura: no solamente acercar libros a niños y jóvenes, sino estimularlos a convertirse en lectores sensibles y críticos, y también en autores capaces de encontrar su propia voz.

Felicitamos con especial afecto a los autores y los alentamos a seguir leyendo, escribiendo y creando. Nuestro reconocimiento también a los docentes y las familias que acompañan estos procesos; al jurado, por su dedicada labor; y a todo el equipo de la Libroferia Encarnación, que hace posible este encuentro con los libros, los autores y la creación.

Los invitamos a entrar en estas páginas con la curiosidad de quien se dispone a descubrir nuevas voces. Cada cuento que nace amplía nuestro mundo; cada joven que encuentra en la lectura y la escritura una forma de expresarse nos confirma que la cultura también se construye desde allí: desde la palabra que acerca, que permite comprender al otro y que puede ayudarnos a construir la paz.

¹ Rectora de la Universidad Autónoma de Encarnación - UNAEE.

PRÓLOGO

CUANDO LA PALABRA FLORECE EN ESPERANZA

BERNARDO NERI FARINA²

Esta nueva edición de Jóvenes que cuentan, en el marco de la vigesimosegunda Libroferia impulsada por la UNAE, nos pone ante una realidad fructuosa: lo bien que rinde la perseverancia en el afán de sembrar lectura, escritura y pensamiento. De labrar proyección creativa. De instalar en el presente el futuro del crecimiento humano.

Esta colección de relatos es un testimonio plausible de cuánto ha fructificado la iniciativa de elaborar un volumen que contuviera la expresión viva de tantos jóvenes de la ciudad, del departamento, de la región, de la nación. Jóvenes que cuentan ya ha sobrepasado el decenio de su realización y sigue creciendo, como crecen las semillas que se esparcen en campo pródigo.

La Libroferia ha regado minuciosamente su propia iniciativa de propiciar la publicación de estos volúmenes. Ha incentivado a cientos de jóvenes para que desplegaran su talento literario, su capacidad expresiva y se animaran a presentarse en sociedad como constructores de ideas a través de la palabra.

Estos chicos y estas chicas están contando el futuro a partir de su propio presente. Están influyendo positivamente en tantos otros jóvenes, pues la palabra escrita construye circunstancias, despierta emociones, alienta aptitudes y genera aspiraciones en mentes quizá indecisas.

Los volúmenes de Jóvenes que cuentan erigen realidades con los que otros jóvenes lectores se identifican a través de historias parecidas a las suyas; con memorias, deseos, metas conquistables. Con objetivos que parecieran inalcanzables, pero a los que se puede llegar paso a paso,

² *Escritor, Presidente de la Academia Paraguaya de la Lengua Española.*

con tenacidad y empeño. Y con lecturas y con la práctica constante de la escritura.

Leer y escribir, aprehender la sabiduría de todos los tiempos y la destreza de expresarse con limpidez en un mundo tan complejo, son acciones hoy vitales; casi imperativos para que la condición humana no sucumba ante el avasallamiento tecnológico sin alma.

El libro sigue siendo la plataforma más eficaz para llenar la humanidad de contenido real, por sobre la banalización y el vacío.

Celebremos la Libroferia de Encarnación, celebremos la constancia de la UNAЕ para seguir orientando la brisa del saber, celebremos cada ejemplar de Jóvenes que cuentan y celebremos a la juventud que ya está contando su propio futuro.

CONVOCATORIA ABIERTA

¡Te invitamos a participar y ver tu obra publicada!

XI CONCURSO DE CUENTOS CORTOS

JOVENES QUE CUENTAN

LECTURA Y CULTURA PARA LA PAZ

Dirigido a: Jóvenes entre 16 y 25 años de todo el país.

Postulación hasta el **viernes 31 de julio**

22ª LibroFeria Encarnación
LECTURA Y CULTURA PARA LA PAZ

EL CONCURSO

Basados en el éxito de sus primeras ediciones, la organización de la Librería Encarnación y la Universidad Autónoma de Encarnación (UNAE), organizaron en el 2026 el concurso de cuentos: “Jóvenes que cuentan XI, Lectura y Cultura para la Paz”. El objetivo del concurso es la búsqueda de la promoción, entre los jóvenes, de la escritura de textos literarios creativos que conlleven un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones que ellos quieran manifestar. Está dirigido a jóvenes comprendidos entre los 15 y 26 años.

Los premios son:

- Publicación en un libro: Antología “Jóvenes que Cuentan”, de los 20 mejores cuentos seleccionados, presentado en el marco de la 22ª Librería Encarnación.
- Equipos electrónicos para los 3 primeros lugares.
- Certificados respectivos.

SOBRE LOS TRABAJOS Y PARTICIPANTES

1. El tipo de cuento aceptado corresponde a la categoría de Cuentos Breves.

Temática y Extensión: El tema y la modalidad serán libres.

La extensión puede ser desde 1 a 5 páginas escritas en A4 con interlineado de 1,5 y tipo y tamaño de letra Arial 12.

2. Cada postulante podrá presentar un sólo cuento de tema libre, original e inédito (que no haya sido publicado en medios impresos o virtuales, salvo si fueran sitios de acceso restringido), que no haya sido presentado en otro concurso, o tenga cedidos o prometidos los derechos de edición y/o reproducción.

3. Los textos no podrán exceder los 7.500 caracteres con espacios.

4. No se aceptarán obras colectivas.

5. Podrán concursar escritores emergentes, de 15 a 26 años, con nacionalidad paraguaya. Es emergente quien no posea publicaciones reconocidas, aunque haya publicado ocasionalmente obras literarias. Para realizar la inscripción, se deberá rellenar un formulario web.

SOBRE EL JURADO Y EL COMITÉ DE LECTURA

6. El Comité de lectura estará compuesto por aproximadamente 5 miembros relacionados con el mundo de la literatura y las artes. Será el encargado de la selección de hasta 20 trabajos finalistas, para ser evaluados por el Jurado. Los cuentos finalistas corresponden a los cuentos que formarán parte de una Antología a ser publicada en el contexto de la 22ª Libroferia Encarnación.

7. El Jurado estará compuesto por 3 (tres) prestigiosos escritores nacionales, quienes serán los encargados de definir a los premiados en primer, segundo y tercer lugar. Su fallo será inapelable, haciéndose público en el acto de Entrega de Premios y Encuentro Cultural que se realizará en el marco de las actividades de la 22ª Libroferia Encarnación. Este jurado está compuesto por los escritores: Milia Gayoso Manzur, Feliciano Acosta y Alejandro Hernández.

PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS Y PLAZOS

8. El plazo de presentación será desde la publicación de estas bases hasta el día 31 de julio de 2026.

9. Las obras se presentarán sin identificación de la persona autora haciendo constar el título de la misma. El envío se realizará mediante el formulario web previsto para el evento dentro de la web de la UNAe (www.unae.edu.py).

10. El formulario de inscripción también estará publicado en la FanPage de la Libroferia Encarnación.

DICTÁMENES, DERECHOS Y PREMIOS

11. Dictamen: Se darán a conocer los cuentos que formarán parte de la Antología y los 3 primeros lugares en la semana de la 22ª Libroferia Encarnación (1 al 6 de septiembre de 2026).

12. Cesión de Derechos: Los autores premiados, ceden los derechos de publicación de sus obras a la organización del Concurso, para su publicación en una Antología.

13. Cualquier punto que no estuviere estipulado en estas bases, será dirimido por la organización y los miembros del jurado.



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN



22^a LibroFeria

Encarnación

ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN XI
Cuentos de la Libroferia Encarnación

1

DEL LADO DE ADENTRO

Sofía Aquino Lugo

El vestido todavía tenía olor a lavanda. Francisca nunca volvería a usarlo. Esa tarde todavía no lo sabía, pero abrió el baúl de cedro solamente para verlo una vez más. La seda seguía guardada entre las sábanas viejas, protegida del polvo y del paso del tiempo.

Pasó la mano por el borde del vestido y encontró un hilo blanco que salía del dobladillo. Estaba suelto, casi desprendido. Pensó en cortarlo, pero no lo hizo. Cerró el baúl lentamente y el aroma a lavanda quedó unos segundos más en la habitación.

Afuera, el cielo sobre Encarnación tenía el color del barro del Paraná. No había viento. El calor estaba detenido sobre los techos de adobe y respirar parecía costar.

Francisca miró la paja brava del techo.

—Todavía aguanta —murmuró.

Después se sentó junto a la cuna de su hijo y le acomodó la manta de hilo. Tomó la camisa blanca de Tomás y empezó a reparar los puños gastados por las cuerdas del muelle.

La aguja se le escapó varias veces. Miró la olla sobre el fogón

apagado. El guiso de porotos comenzaba a enfriarse.
—Si se enfriá, ahí queda — dijo mirando hacia la cuna.

Era otro domingo en que Tomás prometía volver temprano y terminaba quedándose en el muelle ayudando donde hacía falta. Francisca acomodó una taza sobre la mesa, la única que no estaba rota, y la puso más hacia el centro.

Entonces la tierra crujió. La aguja quedó quieta entre sus dedos. El pueblo entero pareció quedarse sin sonido. El viento llegó. Lo que quedó después ya no se parecía al lugar donde habían despertado esa mañana. Francisca alcanzó la cuna justo cuando el techo desapareció entre madera rota y paja levantada.

Cubrió al niño con su cuerpo y cerró los ojos. Sintió el barro, el polvo y los golpes de la tormenta sobre la espalda. Quiso rezar, pero no recordó ninguna oración. Durante unos segundos no escuchó el llanto de su hijo y pensó que el viento se lo había llevado. Metió las manos entre los restos de la cuna hasta encontrarlo.

Entonces volvió el llanto. Cuando el viento se fue, la casa ya no era una casa. Francisca miró alrededor. Buscó la camisa que estaba cosiendo, la puerta, la mesa, el fogón. Nada había quedado en su lugar. Comprendió que algunas pérdidas no se quedan bajo los escombros. Caminan con uno para siempre.

Tomás volvió cuando ya no quedaba luz en el pueblo, traía barro del Paraná en las botas y sangre seca en las manos. Francisca lo miró desde el catre mientras sostenía al niño.

Quiso preguntar dónde había estado, pero al verle los ojos entendió que algunas respuestas no entraban en una frase. Tomás se dejó caer contra la única pared que seguía en pie. Temblaba. Francisca se acercó y quiso limpiarle las manos, pero él las escondió.

—Dejá — susurró.



Después de un silencio dijo:

—Llegué tarde. Cuando entramos a los sótanos de la Villa Baja... ya no había nadie.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo pequeño. Lo dejó sobre la tierra húmeda. Un botón de nácar cubierto de barro rojo.

—Era del abuelo —dijo.

Nada más. Francisca miró el botón. Después miró las manos de Tomás. Había algo en ellas que no era barro ni sangre. Le apoyó una mano en el hombro.

—Todavía aguanta —susurró.

Esa noche, cuando Tomás quedó dormido junto a la pared, Francisca buscó entre los restos de la ropa. Encontró la camisa blanca. Estaba rota de hombro a hombro. Cortó un pequeño pedazo del puño que todavía estaba limpio y abrió el baúl de cedro. El olor a lavanda volvió a aparecer en medio de la destrucción. Sacó el vestido y buscó el hilo blanco que había quedado suelto desde aquella tarde.

Seguía ahí. Lo tomó con cuidado y enhebró la aguja. No usó otro hilo. Puso el pedazo de camisa sobre la seda y empezó a coser. No hubo palabras. Solo el sonido de la aguja entrando y saliendo de la tela. Cada puntada guardaba algo que no podía decirse. Cuando terminó, pasó los dedos por la costura escondida. Por afuera, el vestido seguía perfecto.

Pero del lado de adentro llevaba una historia. Muchos años después, cuando Francisca murió, su nuera abrió el viejo baúl de cedro. Encontró el vestido doblado cuidadosamente. La seda todavía conservaba un leve olor a lavanda. Al darle vuelta descubrió un pequeño remiendo. Un pedazo de camisa blanca cosido en silencio. Las puntadas eran pequeñas y firmes. El remiendo parecía haber estado siempre ahí. Nadie supo explicar por qué estaba ahí. El vestido volvió al baúl, nunca más fue usado. El tiempo hizo lo que siempre hace: borró nombres, apagó voces y levantó casas nuevas sobre las ruinas. Pero nadie se atrevió a

descoser el remiendo.

Hay heridas que el tiempo no borra. Solo aprende a coserlas por el lado de adentro. Allí donde nadie las ve, pero desde donde sostienen todo lo que todavía somos.

A cien años del ciclón de Encarnación de 1926, en homenaje a las vidas que cambió para siempre y a las historias que el tiempo aún conserva del lado de adentro.

2

MORIR DE AMOR

Fernando Gabriel Vera Ruiz Díaz

Dicen que una de las formas más tristes de amar es encontrar a la persona correcta... en el momento equivocado de la vida, o mucho peor, en la dirección equivocada de tu corazón.

Porque hay amores que nacen para quedarse en el silencio, y este es uno de ellos. A pesar de eso, con el tiempo aprendí que amar a alguien no significa quedarse con esa persona. A veces, amar también es ver cómo su corazón florece por alguien más... y de igual forma desearle felicidad.

Lo entendí sin querer, en los días más grises de mi vida.

Éramos dos mejores amigos que no sabían que la vida y el destino habían empezado a escribir algo más grande de lo que podríamos comprender. Todo era fácil con ella: hablar sin pensar demasiado, reír por cualquier cosa, caminar sin rumbo. Era de esas personas que no necesitan prometer quedarse, porque de alguna forma ya lo estaban haciendo. Con el tiempo ella se volvió mi lugar seguro y yo, sin darme cuenta, me volví el suyo.

Pero la vida tiene una forma extraña de cambiar las cosas sin avisar. Y un día llegó él.

No fue algo dramático. No hubo señales ni advertencias, solo una presencia nueva que empezó a ocupar espacio en las conversaciones, en las miradas... y en mi pecho. Al principio fue curioso, después interesante... y luego inevitable. Porque hay personas que no entran a tu vida haciendo ruido, sino moviendo algo dentro de ti que ni sabías que existía.

Y me pasó.

Es aquí donde empecé a notar detalles que antes no existían: cómo reía, la suavidad de su voz cuando hablaba conmigo, su forma de ser. Empecé a buscarlo con la mirada, a prestar atención a su forma de hablar, a sentirme extraño cuando se alejaba y peor aún cuando sonreía.

Sin darme cuenta, un día lo vi diferente. Mientras lo miraba fijamente y admiraba cada detalle de su rostro, él me observaba confuso. No hablamos de eso nunca, pero fue en ese instante donde supe que había cambiado mi forma de verlo. Dejó de ser “alguien más” para convertirse en alguien importante para mí.

Me había enamorado de él.

Pero el amor no siempre llega solo; a veces llega con otra verdad escondida. Y la suya era que su corazón ya tenía un rumbo claro: hacia ella. La misma persona que conocía todo de mí, la que estaba a mi lado mientras yo aprendía a perderme por dentro sin que nadie lo notara.

Lo peor no era el amor que él sentía por ella; era la forma en la que se notaba. En su voz cuando la nombraba, en su mirada cuando ella aparecía y en esa calma distinta que solo existe cuando alguien te gusta de verdad. Ahí entendí algo que duele, pero enseña: “No todos los sentimientos llegan para ser correspondidos”.

Al principio lo ignoré, fingí que no pasaba nada. Seguí siendo el amigo de siempre, estuve cerca de ambos sin romper nada... aunque por dentro me destruía. Mientras más tiempo pasábamos juntos, más difícil era escapar de la realidad. Los veía reír por cosas que yo no entendía, compartir momentos simples que quizás para ellos no significaban nada, pero para mí eran recordatorios de aquello que nunca podría tener.

Y... entonces empecé con los celos.

No eran de esos celos que aparecen con rabia; los míos eran silenciosos. Llegaban cuando él la mencionaba más de lo usual o simplemente la elegía antes que a mí. Jamás olvidaré el día que quise caminar bajo la lluvia a solas con él, pero simplemente me dejó solo y fue a sentarse bajo un árbol con ella. Lo peor era que no podía culpar a nadie por eso. ¿Cómo iba a enojarme con ella por existir? ¿O cómo podría enojarme con él por simplemente amar?

Así empecé a limitarme. Sonreía mientras una parte de mí se preguntaba cómo sería ocupar su lugar. Me odiaba a mí mismo por pensar eso.

ELLA ERA MI MEJOR AMIGA.

La persona que secó mis lágrimas en mis peores días y celebró mis pequeñas victorias como si fueran propias. Quizás por eso los celos me hacían sentir todavía peor: porque no estaba viendo a alguien cualquiera ocupar un lugar importante en su vida, la estaba viendo a ella, alguien a quien quería profundamente.

Así que guardé mis sentimientos en silencio. Me convencí de que el tiempo haría el trabajo que yo no podía hacer, y lo logró... Bueno, es lo que me repetía todos los días. Porque mi realidad era distinta: pensé que tarde o temprano ese sentimiento debía desaparecer de mí, que eso me hacía débil y que el dolor que sentía al escucharlo hablar de ella ya era motivo para alejarme y

desaparecer de sus vidas.

Pero ¿será justo para mí alejarme? ¿O quizás para ellos? Para mí es una tortura elegir entre mi salud mental o mis amistades. De igual forma, decía que estaba equivocado; que el dolor era diferente, ya que este había llegado para enseñarme cuánto puedo amar y lo real que es mi sentimiento.

Y aunque cada conversación sobre ella se sentía como una herida que volvía a abrirse, entendí que el amor no pierde valor solo por no ser correspondido. Verlos caminar y sonreír juntos de alguna forma también me ponía feliz. Las veces que quise que todo les saliera bien, incluso si eso significaba alejarlo de mí, también fueron reales.

Mientras los observaba reír, compartir momentos y construir recuerdos, empecé a entenderme mejor. Estaba dejando de vivir por alguien que ni sabía de la existencia de esos sentimientos, así que un día agarré valor y hablé con ella sobre lo que me estaba pasando.

Recuerdo que era una noche fría de invierno. Estábamos ella y yo sentados en una banca, solos. Simplemente me dejé llevar por todo lo que había estado guardando y le confesé mi amor por él.

Ella no reaccionó al instante, pero cuando lo hizo, lo hizo de una forma muy especial y única. Me abrazó y respondió:

—Perdón... perdón por no estar contigo mientras sufrías por mi culpa.

A lo que yo respondí:

—Jamás sufrí por tu culpa... Simplemente era un sentimiento que había nacido en el momento equivocado y por la persona equivocada.

Luego de eso, ya no me sentía perdido por dentro; había sobrevivido a un amor imposible. Y tal vez esa noche no resolví



nada, pero acepté la verdadera lección de MI vida: mi amor no había llegado para florecer como el de ellos, sino simplemente para existir en silencio, como esas flores que nacen fuera del jardín sabiendo que no serán admiradas como las demás.

Igualmente, nunca me arrepentí de las conversaciones que tuvimos él y yo. Compartíamos momentos y charlas juntos, me sacaba sonrisas en momentos difíciles. Simplemente me hacía sentir comprendido y, de algún modo, todos esos momentos, sin saberlo, terminaron convirtiéndose en los recuerdos más importantes de mi vida.

Para consolarme me aferré a un pensamiento que me repetía UNA Y OTRA VEZ: “Esto fue lo que yo elegí, quise vivir en una fantasía. Qué linda que es la ilusión de sentir algo nuevo cada día”.

Y aunque el tiempo avanzó, una parte de mí siguió viviendo aquellos recuerdos, porque estas personas dejaron huellas en mi vida y mi corazón.

Después de todo, nadie se muere de amor... ¿verdad?

3

CIUDAD NOSTALGIA

Cecilia Adriana Bogarín Figueredo

Había días en que el mundo pesaba más. Ese martes era uno de ellos. Ella estaba parada en el andén como siempre, con el boleto apretado entre los dedos y los pies cansados de la jornada. Revisó su boleto casi sin mirarlo, como hacía siempre, como hacía todo últimamente.

Pero algo la detuvo, parpadeó y volvió a mirar el boleto. El destino había cambiado. “Ciudad Nostalgia”, decía, con una tipografía que no había visto antes en un boleto. Levantó la vista justo cuando un tren silencioso abrió sus puertas. No entendía qué estaba pasando. Movida por un impulso ajeno, subió al vagón casi vacío donde el tiempo parecía haberse detenido. Tras avanzar por una neblina espesa, el tren se detuvo.

Ciudad Nostalgia no se parecía a ningún lugar que hubiera visto... pero resultaba extrañamente familiar.

Las calles serpenteaban como si nadie las hubiera diseñado. La gente caminaba sin prisa, como si en aquella ciudad el tiempo hubiera aprendido a esperar. Fue entonces cuando el aroma a pan recién horneado la guio hasta una pequeña panadería de

luces cálidas. Se acercó a la vitrina y encontró al responsable de aquel olor irresistible: una tarta de zanahoria cubierta con chocolate.

Al levantar la vista, una mujer le sonrió.

—Está recién hecha —dijo mientras servía una porción.

Ella se sentó junto a la ventana y probó el primer bocado. Bastó un instante. Era el mismo sabor de aquellas tardes en que la merienda parecía detener el mundo. Cuando terminó, quiso pagar.

—La casa invita.

Ella insistió, pero la mujer negó con una sonrisa.

—La necesitabas, cariño —y volvió a sonreír, como si supiera algo que ella todavía no alcanzaba a comprender.

Volvió a Ciudad Nostalgia antes de lo que esperaba. Esta vez no la sorprendió ver el boleto cambiado. Esperó el tren con una ilusión que hacía mucho no sentía. La ciudad volvió a recibirla. Una juguetería exhibía una casita de muñecas que le recordó las historias que inventaba de niña. Más adelante, una canción que creía olvidada la hizo detenerse; recordaba cada palabra. Regresó al andén con el corazón más liviano.

Las visitas comenzaron a repetirse. Cada una le regalaba un rincón distinto: un cine de otra época, una florería que invadía la vereda con aromas, una plaza donde el agua de una fuente acompañaba el silencio y una librería con estantes tan altos que invitaban a perderse. Afuera, su vida seguía. Cada vez le costaba más volver a ella.

Fue en una de esas visitas cuando encontró una tienda de antigüedades. El letrero decía “El tiempo guardado”. Entró y el aire olía a madera envejecida y a menta. Relojes detenidos y piezas antiguas ocupaban cada rincón. Mientras recorría el lugar, sintió que nada de ese sitio le resultaba ajeno. Detrás del mostrador, un anciano examinaba un pequeño reloj con una lupa.

Cuando finalmente la miró, sus ojos eran claros y tranquilos.

—Ninguno funciona —dijo ella, mirando los relojes.

—No —confirmó el anciano, como si fuera la cosa más natural del mundo—. En Ciudad Nostalgia el tiempo no pasa. Permanece. Ella frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

El anciano dejó el reloj sobre el mostrador.

—Que todo lo que llega aquí permanece como era. Los recuerdos no envejecen. No cambian. No se van.

—Eso suena bien —dijo ella.

El anciano sonrió apenas.

—Sí —dijo—. Al principio siempre suena bien.

Quiso preguntarle más, pero el anciano ya había vuelto a su reloj. Salió de la tienda con aquella frase rondándole la cabeza. Ese día, por primera vez, el tren tardó. Esperó más de lo habitual. Cuando por fin llegó, una idea apareció durante el viaje de regreso.

¿Y si no volvía? La idea apareció sin hacer ruido. La dejó pasar, aunque algo adentro de ella ya había empezado a imaginar esa posibilidad.

El día que el tren no llegó, ella no lo vio venir. El presente pesaba demasiado. Llegó al andén y esperó. No llegaba.

Esperó más. El boleto seguía en blanco; el reloj de la estación, inmóvil; la calle, igual que siempre. Todo seguía igual de hermoso. Y por primera vez, eso no la consoló.

Volvió a la plaza y se sentó donde siempre, con algo frío instalándose despacio en el pecho. No supo cuánto tiempo pasó cuando escuchó pasos sobre los adoquines.

El anciano de la tienda se sentó a su lado.

—Hay personas que vienen aquí a recordar —dijo—. Y hay personas que vienen aquí a no tener que seguir. Ciudad Nostalgia recibe a las dos —continuó—. Pero solo puede despedir a las

primeras.

—¿Y las otras? —preguntó ella, aunque creía saber la respuesta. El anciano giró apenas la cabeza para mirarla.

—Las otras se quedan esperando un tren que no saben si quieren que llegue.

El silencio que siguió fue largo. La fuente de aquella plaza seguía murmurando.

—¿Usted sabe cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó ella finalmente.

—El tiempo no existe aquí —dijo él—. Usted lo sabe.

Se levantó con la misma calma con que había llegado y se acomodó el saco.

—La biblioteca cierra tarde. Tal vez encuentre allí lo que necesita.

Ella fue a la biblioteca con pasos más rápidos de los que le hubiera gustado. Conocía el olor a papel y a madera, pero esa noche todo se sentía distinto, más quieto, más serio. La bibliotecaria la vio entrar, una mujer de pelo gris y ojos que parecían haber leído demasiado para sorprenderse de algo. Buscó en un estante y le entregó un libro delgado de tapa azul. No tenía título visible.

—Este —dijo, y se lo extendió con naturalidad, como quien da algo que ya sabe que es necesario.

Ella lo tomó, fue al sillón del fondo y lo abrió. Desde la primera página, algo la atrapó. Una mujer. Un cansancio que no tenía nombre exacto. La búsqueda de algo perdido. Leyó sin levantar la vista. Hasta que, en algún punto después de la mitad, las páginas estaban en blanco. Frunció el ceño. Las pasó hacia adelante, hacia atrás. En blanco. Todas. Se levantó y fue al mostrador.

—El libro no termina —dijo.

La bibliotecaria la miró sin sorpresa.

—No —confirmó.

—¿Por qué?

La mujer acomodó un libro sobre el mostrador antes de responder.



—Las historias que todavía se están escribiendo no pertenecen a Ciudad Nostalgia —dijo—. La nostalgia guarda lo que fue. La vida se escribe en lo que todavía no ocurrió.

Ella miró el libro en sus manos. Las páginas en blanco.
—¿Y la mía? —preguntó, aunque su voz sonó más pequeña de lo que hubiera querido.
—La suya todavía no terminó —dijo—. Por eso no está aquí.

Bajó la vista al libro, a las páginas vacías que esperaban algo que Ciudad Nostalgia no podía darle. Afuera, entre las calles empedradas y los faroles encendidos, escuchó un sonido: el tren había llegado.

Salió de la biblioteca y, antes de cruzar la puerta, la mujer le dio una suave sonrisa.

—Gracias —dijo. Tal vez a la bibliotecaria. Tal vez a sí misma.

La ciudad seguía con su atmósfera de perfección inmutable. Mientras caminaba hacia el andén empezaron a aparecer cosas del presente: el café de la mañana todavía caliente entre sus manos, un libro con páginas por descubrir, los cuadernos de la universidad llenándose poco a poco, pequeños pasos de una vida que, sin darse cuenta, ya estaba construyendo. El mañana seguía dando miedo, pero por primera vez también dejaba de parecer un enemigo.

Llegó al andén. El tren esperaba, silencioso. Subió. Miró la ciudad una última vez, con gratitud. Las puertas se cerraron y el tren avanzó. Afuera, poco a poco, empezó a aparecer el paisaje conocido, con sus edificios, luces, ruido y todo lo que la esperaba. Lo miró sin miedo.

Cuando llegó al andén de siempre, el boleto había recuperado su destino habitual.

Bajó. Y esta vez siguió caminando.

4

YVYRA PYTĀ

Fiorella Luján Insaurrealde

El calor de la siesta pesaba sobre el techo de chapa como un yunque. Adentro del rancho, el aire olía a una mezcla rancia de espirales apagados, cocido frío y el vaho húmedo de la tierra que, afuera, los tractores de la colonia vecina iban dejando desnuda.

Mati arrastró la silla de cable hasta el costado del catre. El ruido del metal contra el piso de tierra batida interrumpió por un segundo el ronquido rítmico, casi vegetal, del abuelo Tomás. El viejo tenía las manos sobre el pecho, cruzadas como los gajos secos de un guayabo; unas manos ajadas por décadas de rozón y azada, con las uñas negras de tanto escarbar la memoria del suelo.

—Abuelo —susurró Mati, acomodándole la toalla húmeda sobre la frente calva. La fiebre no cedía.

Don Tomás abrió los ojos. Eran dos rendijas turbias, del color del agua del tajamar después de la lluvia. No miró a su nieto; clavó la vista en la ventana sin vidrio, por donde entraba el polvo rojizo que levantaban las máquinas a lo lejos. Ese zumbido sordo, un clac-clac-clac metálico y constante, vibraba en las paredes de adobe.

—Ya están cerca, Mati —dijo el viejo. Su voz no era más que un silbido de pirí—. Ya le alcanzaron al yvyrá pytã.

—Es el progreso, abuelo. Don Frutos vendió su lote a los brasileños. Van a meter soja —respondió el chico, bajando la mirada. Le molestaba la sumisión de sus propias palabras, pero la realidad en el asentamiento no daba para poesías. El almacenero ya no fiaba y el pozo se estaba secando.

—No es progreso si te deja sin sombra —tosió el viejo, y el pecho le sonó como hojas secas pisoteadas—. Ese árbol estaba acá antes que tu tatarabuelo. Es el que sostiene el cielo de este monte. Si lo tiran... nos vamos a quedar a oscuras.

Mati suspiró y apretó el trapo entre sus dedos húmedos. No quería discutir. El médico de la salita le había dicho que la demencia senil avanzaba rápido, que el delirio de los viejos a veces busca agarrarse de lo primero que ven desaparecer. Y el monte desaparecía una hectárea por día.

Por la tarde, el viento norte sopló con más furia, trayendo el olor dulzón y venenoso de los agroquímicos combinados con el polvo de la tala. Don Tomás empezó a agitarse. No hablaba; solo señalaba la ventana con el dedo tembloroso. A trescientos metros, la última hilera de árboles nativos resistía como una muralla sitiada. Entre ellos, el yvyrá pytã se alzaba colosal, con su copa inmensa que solía teñirse de flores amarillas en la primavera. Ahora, las orugas de las topadoras brillaban bajo el sol implacable, rodeando su base.

De pronto, un crujido monumental rasgó el aire de la siesta. No fue un ruido seco; fue un quejido profundo, un trueno subterráneo que hizo temblar los cubiertos de lata sobre la mesa de madera.

Don Tomás dio un respingo en el catre. Soltó un aire largo, un suspiro que pareció vaciarlo por completo, y sus ojos fijos perdieron el brillo que les quedaba. La toalla húmeda resbaló de

su frente y cayó al suelo, juntando tierra.

—¿Abuelo? —Mati le tocó la mejilla. Estaba perdiendo el calor—. ¡Abuelo, dejá na de joder, mírame!

Afuera, el estrépito de las ramas rompiéndose contra el suelo terminó con un eco sordo. El gigante había caído. El silencio que siguió no fue pacífico; fue un vacío enorme, como si al paisaje le hubieran arrancado un diente.

Mati se quedó arrodillado al lado de la cama. El llanto no le salía, se le había quedado atragantado en la garganta junto con el polvo del norte. Se percató de que el zumbido de los tractores se había detenido; los maquinistas pararon, quizás para festejar el final de la jornada o para enganchar los troncos caídos.

Caminó hacia la puerta, aturdido. El sol de las cinco de la tarde pegaba de lleno en el patio pelado, donde antes la sombra del monte alcanzaba a refrescar el pozo. El cuerpo le pedía correr, gritarle a los paraguayos que manejaban las máquinas de los patrones ajenos, pero sabía que la rabia estéril no resucitaba a los muertos.

Caminó descalzo por el rozado, esquivando las espigas de taperyv́, guiado por el olor a resina fresca y herida que sangraba el aire. Cuando llegó al límite de la propiedad, la escena era desoladora. El yvyrá pytã yacía de costado, mostrando sus raíces enormes, como un animal prehistórico cazado en su propio territorio. Los hombres ya se habían ido a la villa.

Mati se acercó al tronco caído. En el hueco inmenso donde las raíces todavía se aferraban a un pedazo de tierra negra, algo le llamó la atención. Entre el aserrín fresco y la tierra removida, una pequeña hoja verde, bífida, brillante, se asomaba con terquedad. Era un brote de no más de cuatro dedos, nacido de una semilla que el viejo árbol había soltado antes de morir. Un brote que había sobrevivido al impacto.



El chico se arrodilló. Sus manos, jóvenes pero ya curtidas, imitaron el gesto que tantas veces le vio hacer al abuelo Tomás cuando plantaba la mandioca. Escarbó con cuidado, protegiendo el terrón de tierra que envolvía las raíces minúsculas de la plantita. Sentía el frescor de la tierra profunda, la que todavía guardaba la humedad de la selva antigua.

Regresó al rancho despacio, acunando la vida nueva entre las palmas.

Fue hasta el centro del patio, justo frente a la ventana donde el abuelo pasaba sus últimos días mirando hacia afuera. Con un pedazo de hierro rompió la costra seca del suelo, cavó un pozo hondo y colocó el brote. Lo tapó con cuidado, afirmando la tierra con los puños para que el viento norte no lo soplara.

Entró a la casa, agarró la vieja jarra de lata con los restos de agua del pozo y volvió a salir. Regó la pequeña planta de yvyrá pytã, dejando que las gotas limpiaran el polvo rojo de las hojas.

Mati se enderezó. Miró el horizonte desmantelado y luego el rancho silencioso. El abuelo ya no estaba para escuchar el monte, pero la tierra seguía ahí abajo, esperando. Se sentó en el suelo, al lado del brote, y por primera vez en toda la tarde, respiró hondo, sintiendo que, finalmente, las lágrimas de tristeza y esperanza brotaban de sus ojos.

5

CUANDO EL RUISEÑOR SE ESCONDE

Guido Leandro Giménez Giménez

Cuando el ruiseñor se esconde, dejando caer gotas de rocío y el suave viento del sur acaricia tu piel... Ahí es cuando la ciudad se siente tan desolada, y peor aún, el campo; o al menos eso creía.

¿Qué hacía yo a las 02:00 de la madrugada en un bosque tan largo y oscuro?

Ahí es donde me di cuenta de que no existe la paz del silencio. Caminaba en círculos sin ver ningún destello de luz. Solo se escuchaban las hojas y las ramas secas crujir; era como si alguien me estuviera siguiendo. Me quedé parado mirando la luna llena y supe que estaba en problemas. De pronto, tan abrumado estaba, que se me erizó la piel y empecé a sudar como si el sol pegara en mi nuca a unos 40 grados. Tenía ganas de gritar y pedir ayuda, pero algo me lo impedía. Escuché a una persona tararear a mi lado; no pude distinguir si fue real o solo producto de mi imaginación.

Al fin me decidí y dije:

—¿Hola?

Esperaba una respuesta, pero solamente pude escuchar el canto del grillo y de un pájaro posado en una rama. Ahí fue cuando me pregunté: «¿Estoy alucinando?». No, obviamente no, pero nadie contestaba.

Pasaron las horas y la noche se sentía más larga y pesada de lo normal. Pensaba que caminaba en línea recta, pero ya estaba recorriendo el mismo camino marcado por mis pisadas, y lo pude sentir.

Salí de aquella rotonda y me dispuse a adentrarme más en el tenebroso y oscuro bosque, escuchando el silbido del viento mover las copas de los árboles. A lo lejos pude divisar un destello rojo. Me limpié los ojos para ver bien y me acerqué a paso de tortuga. Al parecer había alguien cerca de aquella luz; al acercarme me di





cuenta de que era una fogata, y detrás de ella había un ser que jamás había visto ni imaginado. Tenía las piernas anchas como el tronco de un árbol joven, brazos y manos de gran tamaño; su cabello largo parecía de mujer, pero tenía rostro de hombre.

Al acercarme más me miró justo a los ojos y empecé a balancear su mano, como si fuera un adiós en cámara lenta y tenebrosa. No dejaba de mirarme y giró su cabeza 360 grados sonriendo. Mis piernas temblaban, parecía que tenía frío, la lengua se me ató y tampoco pude hablar ni gritar.

Corrí y corrí sin parar. El monstruo me perseguía haciendo retumbar el suelo con cada pisada. Cuando estuve a punto de darme por vencido y entregarme, aquel destello de luz y el monstruo desaparecieron como por arte de magia. Me quedé en total oscuridad. Ni los pájaros, ni el viento, ni los animales que infunden miedo en la noche mostraron su presencia. Un silencio total invadió de repente el bosque, haciendo que solamente se escuchara el sonido de mi corazón y mi respiración agitados por aquella fuga.

Seguí caminando en línea recta. Pude divisar que el sol ya estaba a punto de salir. Me alegré mucho y empecé a correr nuevamente, pero esta vez hacia la salida del sol.

Sin darme cuenta y sin prestar atención, se me había acabado el suelo. Al agarrar velocidad al caer por aquel acantilado, sentí que mi cara se deformaba por la velocidad de la caída, y estaba a punto de tocar tierra firme. De pronto

escuché un «tic-tac» y un «toc-toc». Qué raro, me pregunté nuevamente si estaba alucinando.

Me asusté al escuchar el sonido de la alarma. Sonaba fuerte y era muy molesto. Al parecer ya eran las ocho de la mañana y mi mamá gritaba mi nombre, tocando la puerta.

Me senté en mi cama sin responderle y me puse a reflexionar: «¡Solo fue un sueño! ¡Solo fue un sueño!». Salté de la emoción, y justo al terminar, mi padre echó abajo con una patada la puerta de mi habitación. Me puse a reír y los abracé con toda mi fuerza, agradeciendo que hubiera sido solo una pesadilla.

Mi madre se quedó mirando y me dijo:

—¿Qué ocurre?

—Solo fue una pesadilla —le respondí.

—Eso te pasa por no dormir temprano. Hice reviro y cocido, hijo mío. Te lo traigo, y contame qué pasó.

—¡Qué rico! Nada mejor que el reviro con cocido para contar historias.

Mi madre me sirvió un plato lleno de reviro y una taza de cocido quemado con leche. Me puse a contar todo lo ocurrido y, con asombro, ella se lo contó a mi abuela.

—¡Lo que faltaba! —dije—. Ya hacía falta que las antiguas cábalas de la abuela interpreten sueños.

Al fin y al cabo, tuve que entrar realmente al bosque para juntar leña para la abuela. Y así pasó el tiempo. El bosque tenebroso siguió con vida, pero ahora ya no me da miedo.

6

LA COLA-COLA

Enrique David Schulz Fischer

La botella estaba ahí, en el estante más bajo de la heladera del supermercado, justo cuando me disponía a cerrar antes de irme a casa. Tenía un color un poco más oscuro de lo normal, casi como si el líquido fuera petróleo. El nombre de la marca en la etiqueta parecía haber sido escrito a mano, con una caligrafía temblorosa, pero mi cansancio era mayor que mi sentido común. La compré, la pagué y me la llevé.

Al llegar a mi departamento, me senté en el sofá y le di un trago largo. Estaba fría, pero no refrescante; tenía un regusto metálico, como si estuviera bebiendo monedas. Apenas la dejé sobre la mesa, noté algo extraño. Mi mano, la que sostenía el vaso, no se movía. Quise soltarlo, pero mis dedos estaban rígidos, como si estuvieran hechos de cera.

Miré hacia la televisión. Estaba apagada, pero mi reflejo en la pantalla oscura empezó a sonreír. Yo no estaba sonriendo.

—La receta cambió —dijo mi reflejo, pero su voz no venía de la televisión, sino del interior de mi propia garganta, como si alguien más estuviera usando mis cuerdas vocales desde adentro.

Sentí un dolor agudo en el estómago, una presión que me obligaba a encorvarme. De repente, mi piel empezó a perder el color, a volverse de ese tono negro profundo del líquido que acababa de beber. Miré la botella sobre la mesa. La etiqueta ya no decía «Coca-Cola». Ahora tenía escrito mi nombre completo y la fecha de hoy.

El pánico me invadió, pero mi cuerpo ya no me obedecía. Me levanté del sofá como un autómata, impulsado por una fuerza que me succionaba desde los pies. Caminé hacia la cocina. El refrigerador estaba abierto. Mis manos, ahora totalmente oscuras y viscosas, se aferraron al estante vacío.

—Todavía queda un lugar —susurró mi voz desde el espejo del pasillo.

Me metí en la heladera; el frío no me afectó. El motor se encendió y, mientras la puerta se cerraba lentamente, vi a través de la rendija cómo otro tipo, idéntico a mí, entraba al departamento, abría la heladera y tomaba la botella que yo acababa de dejar llena.

El ciclo volvió a empezar. Y en la oscuridad del estante, comprendí que yo ya no era una persona, sino el siguiente ingrediente secreto de la próxima botella.



7

AQUELLA CHANCHA

Florencia Maribel Portillo López

Luchando contra el sueño y con el calor intenso de la noche filtrado del Bolt que lo había llevado desde la ruta principal, el inspector Iván Costa descendió frente a El Mártir, un bodegón rural levantado a las afueras de Bella Vista. Iba a llegar tarde a su última revisión porque para su mala suerte el Toyota de Iván había decidido rendirse la misma tarde en que la intendencia le había asignado la ruta más larga hacia el interior de Itapúa.

El sitio desafiaba toda lógica comercial. Apenas llevaba dos años abierto, pero el terreno baldío que hacía de estacionamiento estaba atiborrado de camionetas con placas de Encarnación y automóviles de turistas. Desde la entrada, el aire cálido de la tarde transportaba un olor denso, grasiento y penetrante: una mezcla de leña de eucalipto y carne asada que hacía salivar a cualquiera, pero que a Iván, con el estómago revuelto por el cansancio, le produjo una punzada de desconfianza.

Empujó la puerta batiente de madera con la credencial de sanidad guardada en el bolsillo del saco y el bloc de notas bajo el brazo. El salón era un hervidero de risas, tintineo de cubiertos y mozos corriendo con bandejas colmadas. No cabía un alfiler. Familias enteras compartían mesas largas devorando porciones

descomunales de cerdo asado, milanesas y costillares dorados.

—Disculpe, señor, la cocina está colapsada —le soltó una voz seca a su lado—. Si viene a buscar mesa para cenar, va a tener que hacer fila afuera. Los pedidos tardan al menos cuarenta minutos.

Iván se giró. Era una de las empleadas del salón. Llevaba el cabello rubio recogido con descuido en una coleta y un pañuelo rojo anudado en la frente que contrastaba con su delantal manchado de grasa. Tenía las ojeras marcadas de quien lleva demasiadas horas de pie, pero una mirada extrañamente fija, casi burlona.

—No busco mesa —respondió Iván, mostrando con fastidio la placa dorada de la municipalidad—. Soy Iván Costa, de Salubridad e Higiene. Necesito hablar con el responsable del establecimiento y revisar las instalaciones traseras.

La mujer soltó una risa corta, un sonido seco que se perdió entre el bullicio de los comensales. Se cruzó de brazos y lo miró de arriba abajo, como si evaluara si el inspector valía o no la pena.

—El encargado está ocupado con los proveedores en la parte de atrás, inspector —dijo ella, recostándose contra la barra de madera agrietada—. Si quiere pasar a la cocina ahora, lo único que va a encontrar es caos. A menos que quiera esperar un rato sentándose en esa mesa de los empleados. Y mientras esperas, pide una porción de la casa. Aunque sea para que entienda por qué tanta gente viene a este maldito lugar desde la capital.

Iván suspiró, sintiendo los párpados pesados. Paso entre la multitud a la cocina donde los cocineros parecían maratonistas de todos los platos que estaban malabareando. Miró hacia la mesa que la empleada señalaba, apartada en una esquina sombría donde el barullo se amortiguaba un poco. Estaba muy cansado y no tenía hambre pero aunque sea podía probar un poco para entender que tenía de especial este restaurante.

—Está bien —cedió el inspector, guardando la credencial—. Pero avísele al dueño que hoy es la inspección no lo podemos posponer.

La mujer del pañuelo rojo asintió antes de perderse entre las mesas. Iván caminó hasta la esquina, se dejó caer pesadamente en la silla de madera y sacó el bolígrafo. No imaginaba que, mientras esperaba que el bullicio de la cocina y el restaurante cerca de la media noche.

El inspector se frotaba los ojos para espantar el cansancio cuando un par de figuras avanzaron entre los empleados. Eran los dueños del establecimiento: una pareja no mas de una edad de 60, de sonrisa fácil, arrugas profundas marcadas por el sol del campo y rostros redondos con una sonrisa encantadora, estaban vestidos con delantales manchados de grasa y sudor por el trabajo.

—¡Ay, disculpe la demora, joven inspector! —exclamó el hombre con una amabilidad desbordante, depositando un plato humeante frente a él—. Con cortesía de la casa. Unas costillas con papas picantes y nuestra salsa especial de trufa. Estos últimos días la clientela nos está desbordando, ¡notamos que no damos abasto!

La mujer, a su lado, asintió con una dulzura maternal, limpiándose las manos ajadas en el delantal.

—No se preocupe por apurarnos con la limpieza, tómese su tiempo —le dijo Costa, intentando mantener la compostura oficial mientras el aroma de la comida le inundaba los sentidos — Solo esperaré a que cierren al público para hacer la revisión reglamentaria de la cocina y cerciorarme de que no haya rastros de plagas. Con tanto movimiento, es normal que descuiden los rincones.

El matrimonio sonrió con orgullo, ensanchando el pecho.

—¿Plagas aquí? ¡Imposible, mita'í! —presumió el hombre con

una carcajada ligera—. Nuestra carne es la mejor de todo Itapúa porque los animales son criados exclusivamente por nosotros, con paciencia y dedicación desde el primer día. No le compramos nada a terceros.

Antes de que Costa pudiera responder, un joven empleado apareció corriendo desde el fondo del pasillo, agitando las manos.

—¡Jefe, venga rápido! —llamó el muchacho con urgencia—. ¡Vengan rápido, el cliente del pedido grande de cumpleaños acaba de llegar, tenemos que ir a cantar!

El hombre fue a la nevera sacando un postre de gran tamaño —Disculpen un segundo, mita'i. Ahora mismo no tenemos tiempo —dijo la mujer de rizados grises antes de girarse y desaparecer apurada junto a su esposo y demás cocineros hacia la parte trasera del local.

Solo en su mesa, haciéndole agua la boca, Costa clavó el tenedor en la costilla. Al morderla, los ojos se le abrieron de par en par. La carne se deshacía en la boca, jugosa, con una textura y un sabor tan profundos y exquisitos que hacía ver ridículo cualquier otro corte que hubiera probado en su vida. Era, sin discusión, el mejor platillo de cerdo que existía en el país.

—Diciembre normalmente es la época que mas clientes hay, ¿no? —murmuró una voz a su lado.

Iván levantó la vista. Era de nuevo la empleada de cabello rubio y pañuelo rojo, limpiando es piso de la cocina.

— ¿Sabías que antes de abrir este restaurante la gente del pueblo los conocía por otro apodo? A los esposos Döllinger los llamaban burlonamente “los Delirios” — Costa casi se atraganta con su comida preguntándose a que venia esa conversación — Y todo por culpa de la historia de aquella maldita chancha... la criatura que dio origen a todo esto.

— ¿Que tenía de malo ese animal? — Pregunto Costa con curiosidad. La empleada del pañuelo rojo y cabello rubio soltó una exhalación cansada, dejó el repasador para sentarse en junto al inspector.

—Pregúntale a cualquiera de los vecinos viejos de la zona, antes de que levantaran este galpón. Los esposos Döllinger se dedicaban a criar chanchos en este mismo terreno. Hasta que una noche, una de sus cerdas mostró problemas graves en su embarazo. Apenas comía o se movía, no sabían que hacer y según algunos veterinarios solo debían esperar a que nazcan las crías. Al día siguiente el animal murió y lo que encontraron no les gustó nada: había nacido un solo chanco que parecía de 3 semanas, pero este carecía de piel. Se le veían los músculos en carne viva y temblaba sin parar. Pasaban las horas y vieron que aquel puerquito no moría, así que decidieron enterrarlo.

lván la miró con escepticismo, cruzándose de brazos, aunque el ambiente en la esquina sombría se había vuelto denso.

—Pero según los rumores, al día siguiente —prosiguió la chica con un hilo de voz helado— el chanchito sin piel regresó a la vida. Y la rutina siempre se repetía: lo mataban de mil formas y este siempre volvía. Llegaron a un punto de volverse locos, diciendo que ese puerco los perseguía por todas partes, pero nadie les creía porque al ir a revisar la chacra no había rastros del animal. Rendidos, un día para deshacerse del animal decidieron cocinarlo, dicen que aun así volvió pero era la mejor carne que habían probado, sin mas remedio tuvieron que quedarse con el animal.

—Bonita historia — se burlo el inspector — ¿Te pagan para entretener a los clientes?

—Es un rumor no se si es real — dijo la joven ofendida para luego continuar con la historia — Como decía al final se quedaron con esa Cerda, la pareja descubrió que comía de todo y regeneraba rápido su carne cada vez que le cortaban un trozo. Esa carne era de la mejor calidad que jamás habían probado. Y fue así como la



pareja se dedicó a vender la carne de ese cerdo inagotable en su restaurante.

El inspector se mantuvo escéptico ante la leyenda urbana, pero en ese instante, el dependiente se acercó con el postre y la empleada del pañuelo rojo se puso de pie, dándose la vuelta y alejándose de la mesa. La charla había terminado. El reloj marcó la hora de cierre. Los últimos clientes abandonaron el local y las luces del salón principal comenzaron a apagarse. Con el bloc de notas en la mano y la sensación extraña de la historia resonando en su cabeza, Iván se puso de pie y se dirigió hacia la parte trasera del establecimiento para cumplir con su deber.

Revisó primero la cocina. Todo parecía en orden, aunque extrañamente pulcro para el volumen de trabajo que manejaban. Después salió hacia la zona de la granja y los corrales exteriores para verificar el estado de los animales. Mientras caminaba entre los cobertizos, una duda le asaltó de inmediato: le sorprendía enormemente que hubiera tan pocos cerdos en los chiqueros para abastecer a un restaurante que se mantenía siempre al tope de clientes. ¿De dónde diablos sacaban tanta carne?

De repente, un ruido sordo, un gruñido profundo y húmedo, se escuchó detrás de una puerta de servicio reforzada al fondo del corral.

Iván se acercó con cautela, empujó la pesada traba de metal y abrió la puerta. La penumbra del recinto hediondo lo golpeó de golpe. A la luz de una bombilla colgante, ahí estaba: aquella cerda desollada, de un tamaño monstruoso, con la musculatura roja al descubierto y temblando con un espasmo perpetuo. A su alrededor, esparcidos por el suelo fangoso, había restos de huesos y entre ellos, perfectamente reconocibles, los restos de un pañuelo rojo y restos de cabello rubio.

Antes de que pudiera dar un paso atrás o gritar, escuchó el estruendo metálico de la puerta cerrándose de golpe a sus espaldas, y el cerrojo girando con un clic definitivo.



CICATRICES Y LETRAS

María Fernanda Cabañas

Su nombre es Rosanna, le dicen Ross. Es súper joven y por mucho tiempo vivió con una idea que la perseguía.

Esa idea de que no importa lo que haga, nunca va a cambiar. Que está destinada a esa lucha interna para siempre. Que su destino es ese y que solo debía aceptarlo.

Cuando hay tanto ruido adentro, se olvida de sí misma, de quién era.

El silencio no existía en su mente y corazón, cada día era un caos terminal.

Un día decidió acabar con esa pesadilla diaria, dijo “Ya Basta”, se propuso que ya no iba a seguir sufriendo, quería sanar, sentirse libre e invencible

Hasta que un día volvió a lo único que de niña le había dado paz. Volvió a leer.

De niña amaba la lectura está hacia que su interior se llene de emociones; su vida era diferente, y no solo por el hecho de ser

una niña sino porque hacía lo que más amaba en este mundo, leer y leer.

Ya no era la pequeña Ross de 8 años, es una adulta, ya tiene 22 años y luchaba con esta condena desde los 14 años, se bloqueo con las personas hasta consigo misma.

Se dijo lo siguiente: nadie me va a detener a leer un libro o a crearlo. Va a doler, mi camino no será fácil. Va a ser como pisar piedras calientes descalza. Al principio parece que esas quemaduras nunca se van a ir.

Dejó de buscar afuera lo que siempre estuvo dentro de ella.

Creía que debía dejar los libros, porque sus amigos le decían que era una nerd y fanática, que tenía la realidad alterada. Pero se dio cuenta que si no apoyaban su amor y pasión por esas páginas bellas entonces no eran amigos verdaderos.

Pero con el tiempo, ella tomó aquellas páginas y las leyó hasta acabarlas empezó a sentir que esas quemaduras dolorosas. Sé convirtieron en cicatrices y si quedaron en su piel, no se van a borrar. Pero puede aprender a verlas de una manera diferente.

Y si, puede que muchas personas no lo entiendan pero eso la hacía ser ella, sacaba su mejor versión como persona y mujer.

A medida que fue leyendo más paz pudo encontrar. Cada libro que leía la construía, descubría de lo que podía ser capaz y lo lejos que puede llegar. Ni siquiera un dinosaurio podía detenerla. Leía más de 5 libros al día. No simplemente de salud mental, sino sobre mujeres que crearon cosas o inventos magníficos. Cada vez que leía aquellos libros mejor se sentía, no se sentía sola. Esa guerra consigo misma se acabó.

Y se dio cuenta que esto es lo que quería para su vida. Escribir su dolor, logros y su historia como aquellas mujeres valientes lo hicieron. Puede demostrar a aquellos que sienten lo mismo que

no están solos.

La lectura le ayudó a comprender mejor el mundo, a sí misma, a los demás y muchísimas cosas más, y recordó que su bienestar y felicidad es primero ante todo. Literalmente comenzó a depender de aquellos libros, se aferró a ellos. Se volvieron su vida completamente.

No podía estar un día sin leer aquellas historias deslumbrantes.

Cada vez se acercaba más a ellos. No se volvió a separar de lo que la hacía feliz. ¿Y sabes lo más increíble que pudo lograr? Volvió a tener paz interior. Recuperó su voz y su energía de seguir. Porque casi acabó con su vida. La lectura no la salvó, le recordó lo valiosa que es y de sus capacidades.

Ella promete que vos también vas a poder lograrlo. La lectura puede llegar a ayudarte a recuperar la paz, a recordar quién eres. A amarte, valorarte y respetarte. No promete que vas a vivir un cuento de hadas o una perfección, en resumen una vida perfecta.

Sin embargo, una vida plena y feliz si lo intentas, será difícil no te promete que será una ruta fácil de manejar pero empieza con algo pequeño por muy poco que creas que sea es súper valioso. Prepara ese libro, léelo de a poco y si sientes que quieres seguir hazlo, verás que a medida que pasa el tiempo, irán pasando los días y ¿Quién sabe?, tal vez te lo leas completo sin darte cuenta. Ross entendió que no es solo amar los libros o la lectura sino lo que está te puede hacer sentir, te puede llegar a hacer sentir miles de emociones, sentimientos.

Y lo que menos te imagines. Hasta libera tensión, estrés y ansiedad.

Ross es una de las miles de personas que existen en el planeta que se sentían tristes, desolados y llenos de dolor.

¿Tu también sientes que ya no puedes más?, ¿Sientes que solo quieres rendirte? Intenta volver al mundo increíble de los libros,

puede que en tu mente lo pienses una y otra vez y te de mil vueltas en la mente, las dudas siempre van a estar y eso no está mal, lo importante es que lo intentes, no perderás nada, te lo juro.

Hoy día Ross y sus cicatrices siguen acá. Las ve todos los días. Ya no las esconde con vergüenza. Las lee. Las lee como lee sus libros subrayados. Cada una es una letra de la historia que la trajo hasta acá.

No te rindas. Vas a lograr llegar muy lejos. Sé que te sentís hundido ahora, pero si ella logró salir de su condena que de verdad la creía eterna, vos también podrás lograrlo. Nada es imposible, hasta eso que creas imposible lo puedes alcanzar.

Que el miedo, la vergüenza o dudas no te ganen, el ser diferente a los demás no te hace mala persona te hace único, y no por leer un libro o miles te conviertes en un marciano, lo contrario como Ross te llenas de inspiración, historias y de libertad. Volverá a amanecer. Y cuando lo haga, vos vas a estar ahí para verlo.

Convierte la lectura en tu lugar de paz y seguridad. Que por más que te quieran derrotar, no te rindas gracias a cada frase, estrofa, párrafo; que leas. Tus heridas sangrientas, se volverán cicatrices puedes convertirlas en letras, sentirte libre y poderoso.

Aquellos libros preciosos y Ross te envían un abrazo grande al alma, sal al mundo, vive cada día. Y lleva contigo esas frases, poemas, historias, cartas y mucho más, enséñale al universo que la lectura y el conocimiento es poder.

La lectura hará que la sociedad sea más humana y toquen esa sensibilidad interior tengan más empatía, amor y respeto. Ya que de la paz que puede producir la lectura tendrá muchos frutos y beneficios para el mundo entero.

Fin.



9

CICLISTA DE PISTA

Tania Maricel Rivarola Fernández

El público aplaude con entusiasmo, sus familiares gritaban con euforia y sus amigas la felicitan, la joven Jéssica había ganado el campeonato de ciclismo de pista, un largo tiempo de sacrificios y errores para lograrlo, sin embargo esto no se detuvo ahí, ella continuó entrenando y logró ganar varias competencias por la enorme pasión que sentía por este deporte.

Pensaba que su futuro solo se basaba en esto y era prometedor por el gran talento que posee y pareciera que nada podría detenerla, pero un día esto cambió.

Fue seleccionada a una competición mundial en su ciudad, es su sueño ganarlo, entonces, en la primera ronda le puso tanta rudeza al pedalear que no se cuidó, la bicicleta se desestabilizó y cayó brutalmente contra la pista.

Al ver que no se podía levantar, los paramédicos llegaron rápidamente y en medio de su confusión y dolor la trasladaron al hospital con urgencia. Allí, luego de horas de espera, el doctor entra en la sala y con una expresión desalentadora le dice algo que cambiaría su vida para siempre.

La noticia la dejó en shock, no puede creerlo, se niega a aceptarlo. Ella resultó lesionada gravemente en la médula espinal, esto



provocó una parálisis permanente desde la cintura hasta los pies, esto significaba que nunca más volvería a caminar.

Entre un lío de abrumadores pensamientos de lo que significa está condición, Jéssica rompe en llanto al ver que su anhelo de seguir compitiendo se esfumó completamente.

Durante su estancia en el hospital, sus familiares y amigos la visitaban tratando de animarla, pero sus esfuerzos eran en vano. Cuando le dan el alta, sus padres la llevan en silla de ruedas hacia su casa y al llegar, ella vuelve a llorar diciendo que nunca más podría volver al ciclismo y que su vida deportiva se habría acabado. Su madre la calma diciendo que entiende su dolor, pero aún quedan opciones relacionadas al ciclismo a pesar de su parálisis. Jéssica está reacia ante esta idea porque le encantaba la adrenalina que sentía al competir y nunca más lo volvería a experimentar.

Después de mucha insistencia de su madre, acepta ir a visitar entrenamientos de otras competidoras y ver cómo trabajaban los entrenadores. Ahora que Jéssica no está practicando ciclismo, ella ve a los entrenadores desde otra perspectiva, le empezó a gustar como guiaban para sacar el mayor potencial de las deportistas.

Después de varias visitas, ella comenzó a estudiar un curso para especializarse como entrenadora de ciclismo de pista, luego de varios meses de estudio y adaptación a su nueva vida, consiguió ser entrenadora de ciclismo para jóvenes.

Tiempo después, una de sus alumnas gana el campeonato, Jéssica corre a felicitarla y a pesar de todo lo que ocurrió, siente la misma satisfacción de cuando era ella la que ganaba.

10

EL ARTE PROVIENE DEL CORAZÓN

Gabriela Susana Hempel Luckmann

Beatriz, una niña chiquita, muy chiquita, se va junto con su madre a “Saturno”, un maravilloso parque de atracciones lleno de luces, colores, risas, juegos y mucho algodón de azúcar.

Se suben a varios juegos, como la montaña rusa, donde casi se le sale del susto el pequeño corazón a la linda Bea, hasta que pasan por ESA atracción. Sí, estoy hablando del brillante y, sobre todo, llamativo carrusel.

Salió corriendo Bea; ni le importó si su mamá venía detrás, ella se quería subir. Apenas llegó, la madre exclamó:

—A la pinta, che memby, casi te pierdo. No hagas más eso.

—¡Ja, ja, ja! También me pasa, pero agradezca esta etapa —le dijo una señora—. Luego son grandes y se tienen que ir a volar lejos de uno que tanto los quiere.

—Sí... Meu Deus. Me da dos boletos, por favor —respondió la madre.

—Tome.

Le dio los boletos y, sin más, Bea y su madre se subieron a la

atracción.

—Es fantástico, mami. Mi caballito es rosa y tiene un lunar en el cachete, como lo tenía papá. ¿Será que nos acompaña?

—Claro que sí, mi Bea. Allá en lo muy alto, con las nubes, él nos acompaña y nos cuida siempre.

Ese año no fue fácil para nadie. Había muerto el padre de Bea. Su madre, que era ama de casa, tuvo que arreglárselas sola. Toda su familia estaba en Paraguay y no tenían dinero para regresar, ya que estaban en Chile.

Ese pequeño carrusel que daba vueltas y vueltas les traía una cierta paz. Parecía que, al subirse, todos los problemas desaparecían.

Terminó la atracción y el parque ya cerraba.

—Mami, promete que vamos a volver sí o sí mañana.

—Hay que ver, mi cielo. Mejor vamos a casa a dormir y después vemos.

Casi no tenía dinero la madre, pero tal vez, si trabajaba horas extra, no almorzaba o empeñaba algo, podría seguir sacando a pasear a su linda Bea.

Así lo hicieron. Al otro día volvieron y se subieron al gran carrusel, pero antes de subir las escaleras, Bea pidió un deseo:

«Mami no me lo dice, pero, por favor, haz que mami pueda tener algo más de dinero. Yo sé que ella estaría muy feliz y podría comprarse un algodón de azúcar para ella y no solo para mí».

Luego de pedir su deseo, se pasearon por el carrusel felizmente. La madre no sabía que al día siguiente sería ascendida en su trabajo y empezaría a ganar, por lo menos, un sueldo mínimo.

—No sé cómo ocurrió, pero sí sé que pasó. Lástima que el

parque Saturno ya se fue —dijo Bea.

Pasan años y años. Bea ya tenía 22 años y, como cuando era niña, el parque volvió. Lucía igualito.

Bea, sin dudarlo, pensó en ir, pero su madre estaba muy mal. Se había enfermado de neumonía y los medicamentos estaban caros como para gastar dinero en carruseles y esas boberías. Decidió que iría recién cuando su madre mejorara.

Para mala suerte de Bea, su madre murió a la semana, dejándola sola y triste. Buscando algo de consuelo, la nostalgia la guio a ese carrusel tan mágico como lo recordaba.

Decidió que se subiría, solo que antes pidió un deseo: encontrar otro motivo, otra razón en la vida a la que pudiera dedicarse, pero que saliera de su corazón.

Dijo vueltas y vueltas, hasta que se bajó y la empezó a seguir un colibrí.

—¡Ish! Déjame en paz, que te voy a fritar si seguís —dijo Bea.

Pero, como los colibríes no hablan, la siguió durante todo el parque. Llegaron al puesto de un poeta, don Armando.

—Ay, mi niña, ese ya se te encariñó.

—Feroz pesado. Es muy precioso el colibrí, tiene un montón de colores, parece una pintura, pero lo pesado no se le quita.

—No solo mi nombre está armado, sino que también armo poemas, pero todo con el corazón. Déjate que te haga uno.

Armando hizo el poema y se lo entregó. El papel solo decía:

“La vida trata de los pequeños momentos, mi niña.”

—Muchas gracias —dijo Bea, algo extrañada.

Se fue a su casa y tiró por el camino el poema de aquel señor. Al otro día se levantó y abrió su ventana. Ahí estaba el pesado: era el colibrí, pero tenía algo en el pico. Efectivamente, era el poema.

—¡Guácala! ¿No te cansas de hinchar? Parece que me sigues.

Bea intentó tomar la hoja, pero el colibrí rápidamente entró en la habitación que era de su madre. No dejó el papel en cualquier lugar, sino en la esquina donde estaban sus pinturas olvidadas, ya que Bea había dejado de pintar desde que su mamá se enfermó porque era algo que hacían juntas.

Bea vio los cuadros y encontró aquel que había pintado de ella y su madre comiendo algodón de azúcar en Saturno. Sin querer, aquel simple recuerdo la motivó a seguir pintando. Que su madre ya no estuviera no significaba que ella dejara de pintar; al contrario, los lindos momentos que pasó con su madre, guardados en su corazón, podían salir al mundo para demostrar cuánto cariño puede tener una madre por su hija y todo lo que es capaz de dar por ella.

Así fue. Decidió pintar con todo el cariño, la compasión y el amor que salían de su corazón. Decidió que sería a eso a lo que se dedicaría, y vaya que no le fue nada mal.

Ganó mucho dinero, pero no solo tenía lo material: también tenía ese recordatorio de que uno decide si quedarse estancado en la tristeza o vivir con la alegría de aquellos recuerdos únicos.



11

EL COLECTIVO

Jadashah Jazmín Sosa Ruiz Díaz

El 10 de agosto del 2023, siendo las 13:40 p. m., como lo indicaba el reloj de pulso azul cerúleo que encubría sutilmente la diminuta muñeca de Librada Duarte, una joven estudiante permanecía descontenta por el retraso habitual de la línea 5, la cual debería haber llegado 10 minutos atrás y que, por el contrario, ni siquiera ofrecía un atisbo de esperanza de que pudiera llegar antes de las 14:00 de la tarde.

En la parada de ómnibus, nada más que una persona ornamentaba la banqueta, y, al no tener con quién compartir un momento tan trivial como los que se generan en ese tipo de situaciones, se dispuso a observar sigilosamente la plaza central de la ciudad que se encontraba frente a su vista. Una plaza completamente desierta, en la cual los únicos sonidos que lograban distraer su atención de la excesiva espera provenían de los *hokó'i pytã*, aves con mucha gracia y elegancia, al igual que los majestuosos árboles que, al mecerse, bailaban al compás del viento, creando una armonía tan bella como la antesis de una orquídea que despliega sus flores ante todo aquel que puede apreciar su encanto.

Pocos minutos después, los automóviles reiniciaron su

trayectoria sobre la ruta que previamente había estado en reposo, irrumpiendo así la armonía creada por los árboles y las aves como si de una síncopa musical se tratase, pero generando una nueva distracción a la joven, que, al ver tantos coches, no podía disipar algunos planteamientos de su mente:

«¿Algún día tendré mi propio vehículo? ¿Será de un rojo estridente? ¿Será nuevo o tal vez ya usado? ¿O tal vez nunca pueda adquirir uno propio?... Quizás nunca deje de ser parte de un colectivo inquietante de personas, un plural que no atesora lugar alguno para el futuro perfecto de cada ser».

Inconscientemente, su angustioso pesar la indujo a fustigar en nombre del chofer, cuyo ómnibus ya se podía divisar en el horizonte, entre la humareda renegrida de automóviles sin mantenimiento adecuado. Rápidamente, Librada se posicionó para detener el colectivo, extendiendo su brazo derecho en señal de alto, lo cual el niño guarda comprendió y lo hizo saber al chofer, quien redujo la velocidad para que la joven, en un salto preciso, ingresara al interior del autobús. Allí, el pequeño guarda de tez morena recibió el pasaje de cinco mil guaraníes y le indicó, con una voz ronca que disfrazaba su corta edad, un asiento disponible a su izquierda.

Entre las diversas paradas obligatorias realizadas durante el viaje, hubo personas que ascendían al autobús tratando de apelar a la empatía de los pasajeros: algunos vendiendo mercancías a precios más que accesibles; otros demostraban talento al cantar o ejecutar instrumentos de percusión. Pero solamente uno de ellos logró equiparar la atención de todos los presentes. Se trataba de un venezolano que, debido a la progresiva e inminente crisis social y económica que atravesaba su país natal, Venezuela, se vio obligado a emigrar al exterior, llegando al Paraguay, en donde honradamente se ganaba la vida compartiendo su historia con las personas que utilizaban día a día el transporte público de la localidad.

Y la razón principal por la que todos los que lo escuchaban terminaban contribuyendo a su causa era por el gran carisma

y sinceridad que empleaba. Estas cualidades lo hacían mucho más memorable que al resto, pues, al entrar, se dirigió con gran audacia y un acento caraqueño que cautivó sobremanera a sus oyentes con las siguientes palabras:

—¡Épale, chamo! ¿Cómo está? Mira, mano, yo soy caraqueño y acabo de llegar aquí. Déjame hablar un rato, ¿sí va?

El niño guarda asintió con la cabeza y lo dejó pasar, haciendo su característico ademán de bienvenida, acompañado de una expresión que vociferó de tal manera que podía oírse hasta el último asiento:

—¡Adelante!

—¡Cómo está mi gente bella de Paraguay! Mire, yo soy venezolano, vengo de la capital, Caracas. El día de hoy estoy aquí como un hermano, porque ya sabrán que las cosas por allá no andan bien. Pero, gracias a Dios, aquí andamos siempre pa'lante, sin mirar atrás, porque lo que ya pasó, pasó. Y desde el momento que he llegado, ustedes, mis hermanos de Paraguay, me han acogido en su tierra y me han dado la mano. Así que, si no es mucho pedir, me gustaría que pudieran darme aquello que les nazca del corazón: ya sea una platita, un apretón de manos o una sonrisa. Con eso ya es suficiente para mí.

Luego de estas palabras, el venezolano fue pasando por los asientos de los pasajeros, que aportaron el dinero solicitado con una gran sonrisa, demostrando así gran disposición de ayuda hacia el rapaz, quien, antes de bajarse, inundó a todos con un espíritu alborozador que permaneció intacto hasta el final del recorrido.

Sin embargo, fuera del colectivo, la realidad social que se podía presenciar en el entorno era el reflejo de una distopía comunitaria que cada vez más se salía de control en estándares inconmensurables. Un recordatorio de que, a nivel nacional, nadie está exento de las problemáticas sociales que aquejan el diario vivir de la población, tal como lo interpretó Librada Duarte en esa calurosa tarde, al ver tras la ventanilla a una madre adolescente



de etnia indígena sosteniendo firmemente a un pequeño bebé en sus brazos, en cuanto el representativo aspecto rojizo del semáforo no cambiaba de color, y un tropel de personas a quienes el infortunio escogió como huéspedes merodeaban alrededor de los carros. Algunos, con suerte, conseguían algunas monedas antes de que los conductores pudieran levantar las ventanillas, denotando desprecio y hartazgo.

Cuando la luz verde cedió el pase para que el ómnibus siguiera su camino, el panorama desalentador de todos los días dio lugar, por un lado, a paisajes naturales que colmaban la vista de vegetación nativa; por otra parte, una amalgama de colores urbanos vestía los edificios, como también a los distintos comercios de la ciudad que representaban gran parte de los ingresos de los trabajadores.

La joven Librada, acostumbrada a invertir su mayor esfuerzo en concentrarse al estudiar mientras emprendía la travesía diariamente, nunca se había percatado de todo lo que ocurría dentro y fuera del autobús. Pero, dado que logró exonerar algunos exámenes, esa tarde se dedicó netamente a contemplar todos los sucesos acontecidos, y nuevas ideas se originaron inmediatamente.

Cuando el conductor, esprintando, iba acercándose cada vez más a la terminal, se mostraba renuente a utilizar los frenos, puesto que debía compensar el tiempo perdido en paradas anteriores, lo que desembocó en andanadas de insultos por parte de las personas a bordo.

Finalmente, la línea 5 llegó a su destino, y las personas que aún permanecían dentro pudieron descender del mismo y seguir adelante. Entre esas personas se encontraba Librada Duarte. La muchacha caminó tres cuadras más, hasta llegar a la casa de estudios en donde pulía sus capacidades, y, durante ese trayecto, las ideas que había recopilado evocaron en su memoria en un instante, siendo las 14:46 p. m.

«Quién lo diría... Siempre he apreciado la oportunidad que me han brindado mis padres de poder estudiar, y me he esmerado al

máximo para seguir llenándolos de orgullo con la visión de lograr graduarme y, de alguna manera, compensar todo el sacrificio que realizaron durante estos años casi inacabables. Pero, en algunas ocasiones, decaí en conceptos negativos que derrumbaban vertiginosamente cualquier motivación interiorizada que yacía en mí. Hoy estuve a punto de no asistir a clases, pero gracias a la constancia —quien se ha convertido en mi fiel compañera— decidí embarcarme en el colectivo. Y, gracias a esta decisión, lo que antes simplemente representaba un deseo ha cobrado sentido, arraigando raíces en lo más entrañable de mi ser».

Fue de este modo que Librada Duarte, por cinco mil guaraníes, vislumbró la simultaneidad social que se encuentra a tan solo una parada de distancia y cuya secuencia se repite con regularidad. Menciono esto por si en algún momento quisieran conocer a este colectivo de personas y, al igual que la joven, eliminar cualquier rastro de misantropía y sustituirlo por un magnánimo espíritu social y de lucha, rescindiendo así de un lastre existir.

12

EL POETA Y UNA ROSA

Adriana Cabral

En un pueblo muy lejano de Argentina, en el año 1987, vivía ella; era a quien amaba. Su nombre era Helen. Yo trabajaba para su familia, rica en gran manera. Sabía que, siendo un joven de escasos recursos, de seguro ni siquiera querrían aceptarme.

Mis pensamientos me atormentaban día y noche, pero su dulce mirada, su voz suave; toda ella ataba mi corazón.

—Ya que trabajarás por acá... te quiero presentar a mi hija Helen.

«¿Helen? Una niña, ¿en serio?», pensé.

—Está bien, señor...

—Pedro —finalizó por mí—. Pedro Hernández.

—Pedro. Encantado —dije estrechando su mano.

Me apoyé contra la pared del establo donde yacían los caballos, mientras él fue a buscarla. Al volver, ella venía detrás. Tenía el pelo dorado y suelto, llevaba un vestido azul con botas marrones. Sus ojos eran de color marrón, como el café que me bebía todas

las mañanas, y aunque fuesen los ojos más comunes que haya visto, eran hermosos.

Sus labios, ¡oh, sus labios! ¿Cómo olvidarlo?

—Ella es mi hija Helen —me dijo mi nuevo jefe.

¡Y yo que pensaba que era una niña! Quedé alelado al recorrerla con los ojos. ¡Dios mío, era maravillosa!

—Buenas tardes —me sonrió Helen, haciéndome volver a la realidad.

No sé, pero simplemente me surgió el anhelo de besar su delicada mano al saludarla.

—Buenas tardes, maravilla —me incliné y besé su mano. Se rió sin dudarle, dándome las gracias por aquel cumplido.

Poco después fuimos amigos y, en uno de los atardeceres que pasábamos juntos, ella me confesó su amor, otorgándome un beso en la comisura de los labios. Inmediatamente se alejó. El miedo la atrapó. ¿Qué pasaba? ¿Había hecho algo mal?

—Amor mío, te ofrezco disculpas si soy la razón por la que no puedes... estar conmigo.

—No es eso, querido Axel, estoy enamorada de vos, solo que son mis papás. Nada que ver con vos.

—¡Helen, Helen! —le gritó a voces su madre.

La preciosa Helen, la dueña de mi corazón, resopló. Se había enfadado. Desde la casa se podían oír sus gritos. Solo escuchar. ¿Estaba bien? ¿La lastimaban? ¡Oh, querida Helen!

En la tarde apareció en la puerta del establo, o mejor dicho en mi puerta, llamando desesperada a que abriera. Mi corazón

abrió sus puertas a alguien a quien estaba prohibido, pero yo la amaba. Sin más, no pregunté, la alcé en mis brazos y la besé; ya no suave, sino intenso. El beso fue húmedo, porque ella estaba sollozando.

Al separarnos, me advirtió algo asustada:

—¡Te matarán, será mejor que huyas de acá!

Esas palabras me tumbaron por completo. «¿Que moriré?», estaba asustado, sí, pero preferiría amarla perpetuamente. Tenía que ser cauteloso con respecto a mis sentimientos.

—¿Cómo despedirme de vos? La primera persona a quien abrí mi corazón, a quien besé con sinceridad, a quien amé. No, no puedo. Me enseñaste la definición de amar. Algo escaso en este mundo.

Lo admito, no me agradaba la idea de morir, pero más valiosa era ella que mi propia vida. La pena se notaba en sus ojos, no por ella, sino por mí.

—¡Siento mucho esto...!

Se detuvo. Ambos escuchamos disparos a lo lejos. “Asustados” no podría ser la palabra correcta, quizá “desesperados”; empezamos a correr. Nada nos detenía. Nos encontramos rodeados de... Joseph, el chofer del carruaje. Claro, y sus secuaces. Me apuntaban con el arma. Ella caminó hacia ellos, diciendo:

—¡A él no! —exclamó—. ¡Yo lo amo!

Estando su papá entre ellos, mi amada le suplicó con ojos de bebé que no me quitasen la vida.

—Papá, por favor —se colocó enfrente de mí como símbolo de protección.



El señor Hernández le dijo bruscamente:

—Apártate, no es tu asunto.

Quería resolverlo, pero no todo se puede resolver con lágrimas.

—Helen, tu papá tiene razón —intervine suavemente.

Ella no se movió. Al parecer, se mantenía firme y obstinada en su decisión. El señor, frustrado, jaló el gatillo sin percatarse de lo que había causado.

Ella cayó al suelo con sangre en el estómago. Las gotas de la herida traspasaron su vestido. Me quedé estupefacto, solo pude decirle:

—¿Qué ha hecho?

Espabilándose, perplejo, él se quitó también la vida. Los demás, huyendo, abandonaron el lugar.

Extendiendo mis brazos, me la llevé. La enterraron junto al señor Pedro. Cada vez que compraba mi taza de café, me recordaba a ella. Sus ojos.

Así me convertí en poeta; la rosa que conocía se marchitó eternamente, dejando un vacío indescriptible en mi alma.

13

EL VACÍO QUE APRENDÍ A LLENAR

Angélica Luján Duarte Guerrero

En un tiempo atrás, con tan solo 23 años, viví algo que cambió mi vida para siempre.

A fines del otoño de 1985, un martes 12 que recuerdo muy bien, estaba con mis padres esperando a que llegara. Tenía el vestido, los accesorios y la sonrisa más grande y hermosa que podría haber tenido en toda mi vida. Aunque no duró mucho.

Pasaron los minutos, pasaron las horas y jamás apareció. Nunca volví a escuchar de él. Me quedé allí, esperando al menos tener la oportunidad de verlo o saber qué había pasado, por qué no llegó. Pero nada.

Así pasaron los meses y jamás volví a saber de él. Pasaron los años y tampoco. Aunque todos decían que era un mal hombre, que me había dejado sola y que se había ido sin avisar, yo sabía que no era así. A pesar de todo, seguía amándolo, porque fue mi primer amor, la persona a la que le entregué todo, y lo conocía muy bien. Algo debió haber ocurrido aquel día.

Pero dejé de buscar. Dejé de llamarlo, de enviarle mensajes y de insistir, porque nunca aparecía. Sus familiares jamás

respondieron mis llamadas ni mis mensajes. Nadie me contó qué había pasado. Los rumores decían que ya se había casado nuevamente; otros, que incluso tenía hijos. Pero yo jamás pude confirmar nada.

Con el tiempo me mudé. Fui a vivir a otro lugar donde volví a enamorarme. Era una excelente persona. Me demostraba amor todos los días. Era detallista, me traía flores y regalos, y no me dejaba hacer esfuerzos para que no me cansara. Era un hombre maravilloso.

Cuando llevábamos tres años juntos, me dijo que quería casarse conmigo y luego tener hijos. Soñaba con una casa grande y espaciosa donde pudiéramos formar una familia. Y así sucedió.

Nuevamente estaba yo con el vestido, los accesorios y una sonrisa en el rostro, dejando atrás el pasado y viviendo el presente.

Nos casamos y vivimos felices durante tres años. Hasta que, un día, sin previo aviso, una enfermedad se adueñó de su cuerpo. Nunca supimos exactamente qué tenía. Nadie nos daba respuestas, pero todos sabían que no le quedaba mucho tiempo.

No nos quedó más que disfrutar cada momento juntos. Lo amé tanto el último día como el primero. Hasta que una mañana simplemente ya no despertó.

Fuimos a enterrarlo al cementerio. Nuevamente llevaba un vestido, pero esta vez no era blanco, sino negro. Tenía lágrimas en los ojos y deseaba que nada de aquello fuera real.

Cuando llegó el momento de bajar el ataúd a la tumba, vi a un hombre. Un hombre que me resultaba familiar. Era uno de los trabajadores de la funeraria. No podía ver bien su rostro porque llevaba un gorro, pero cuando levantó la mirada y me observó fijamente, sentí que lo conocía de algún lugar.

Luego apartó la vista y se marchó.



Me quedé un rato más llorando por mi esposo. Todos ya se habían ido y yo seguía allí. No tenía ganas de volver a casa. Me sentía completamente sola. Entonces el trabajador regresó y se sorprendió al verme todavía allí. Levanté la mirada y lo vi claramente.

Era él. El hombre que había desaparecido. No estaba muerto: estaba vivo y estaba frente a mí.

No podía creerlo. Ya no sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Mi esposo acababa de morir y la persona que creí perdida para siempre estaba allí. Él también me miró fijamente y luego me pidió que me retirara porque la funeraria estaba por cerrar. No pude contenerme y le pregunté si todavía sabía quién era yo.

Entonces comenzó a llorar. Lloró como si algo hubiera despertado dentro de él, algo que llevaba años reprimiendo. Se arrodilló frente a mí y repitió una y otra vez:

—Perdón... Perdón, perdón, perdón. Sé que lo hice mal. Perdón.

No sabía qué hacer, así que me agaché y lo abracé. No porque lo hubiera perdonado, sino porque sabía que ambos necesitábamos ese abrazo. Después de eso acordamos vernos para cenar y hablar. Acepté porque moría de curiosidad: quería saber qué había pasado aquel día, quería entender por qué me había dejado sola frente al altar.

Cuando nos encontramos, llegó puntual a las ocho de la noche. Eso me sorprendió, porque aquella vez ni siquiera apareció. Comenzamos a hablar y le pregunté directamente qué había ocurrido. Él respondió:

—Sí fui. Estaba de camino, pero el auto comenzó a fallar. Cuando intenté frenar, no pude; los frenos no respondían. En una curva el auto volcó. Cuando desperté estaba en un hospital. Quería verte, quería explicarte todo, pero mis familiares me dijeron que estabas muy enojada y que no querías saber nada de mí.

Guardó silencio un momento y continuó:

—Nunca tuve el valor de buscarte y explicarte lo que pasó. Después conocí a otra mujer que se parecía mucho a ti. Nunca pude casarme con ella porque la única persona con la que quería casarme eras tú. Con el tiempo tuvimos una hija y le puse tu nombre. Luego el amor entre nosotros desapareció y terminamos. Más tarde me enteré de que te habías mudado. Yo también me mudé y terminé trabajando aquí, en la funeraria. Llevo años enterrando cuerpos, sin sueños ni motivaciones, esperando simplemente el día en que me toque a mí. Pero ahora que te he vuelto a encontrar, siento que todavía existe aquella chispa que nos unió en el pasado.

Lo interrumpí de inmediato:

—No. Lo nuestro quedó en el pasado y no quiero volver a repetirlo. Ni ahora ni nunca.

Me levanté y me fui. Llegué a mi casa y lloré una vez más. Había perdido demasiado, pero al menos ya conocía la verdad. Por fin sabía qué había ocurrido aquel día; era la respuesta que había esperado durante tantos años. Ya no tenía nada más que preguntar ni que decir.

Dos meses después empecé a sentirme mal. Tenía fuertes dolores en el estómago. Cuando fui al médico descubrí algo inesperado: estaba embarazada. Iba a tener un bebé. Me emocioné muchísimo, aunque también estaba preocupada. Tenía cinco meses de embarazo y jamás me había dado cuenta. Cuando me revisaron, me dijeron que sería un niño.

Y así fue: tuve un hermoso hijo. Lo llamé igual que mi difunto esposo. Lo crié sola, nunca necesité a ningún hombre a mi lado. El único hombre que necesitaba estaba entre mis brazos. Y así fue como continué mi vida. Por eso hoy cuento esta historia. Mi hijo está a punto de cumplir 18 años y yo soy feliz. Vivo junto al hombre de mi vida. Él me cuida, yo lo cuido, y somos felices juntos.

Desde entonces, jamás volví a sentir un vacío en mi corazón.

14

HIJO DE MEDIODÍA

Axel Roland Schulz Villalba

Cuentan que él aparece cuando el sol se detiene, cuando hasta los pájaros guardan silencio y el aire arde más que el fuego mismo.

En los confines de una aldea del Paraguay, las mañanas despertaban despacio, como un suspiro tibio sobre los campos. El aire tenía perfume a yerba recién molida y a apacibles flores de jacarandá que el viento mecía con dulzura.

Arahí solía vagar sola por donde el monte nacía, llevando consigo únicamente un corazón intrépido y sangre guaraní, osada y antigua, fluyendo por sus venas. Su abuela, Arasy, le había mencionado alguna vez que los bosques del Paraguay estaban vivos —colmados de espíritus ancestrales que oyen cuando uno les habla y contestan cuando se los olvida—, mas ella lo había tomado como otra leyenda más, un eco del tiempo heredado entre generaciones.

Con el regreso del ardiente verano a la dulce tierra guaraní, renació también su sed de aventura. Cuando las tardes de primavera se desvanecían, decidió internarse en el monte con valentía, tal como lo había hecho en su juventud su dulce madre, Jerovia, portando en cada paso una flor de magnolia por su cabellera.

Aquel día, la luz se filtraba espesa entre las ramas, esparciendo sus haces dorados de sol sobre la tierra rojiza. Entonces, la joven Arahí resolvió postrarse bajo la placentera sombra de un quebracho, deseando descansar un instante antes de continuar su travesía. Sus ojos —oscuros como tierra fértil— se cerraron con sutil delicadeza, buscando embriagarse en el susurro del bosque, su predilecto refugio.

Pero aquel día, el monte estaba taciturno —misteriosamente quieto—, a diferencia del viento: suave, murmurante, casi humano.

Entonces lo oyó. Un delicado crujir de hojas.

Abrió aquellos negruzcos ojos repentinamente; sin embargo, para entonces, él ya se encontraba allí.

Un joven carente de calzado alguno, de cabellos dorados como oro puro, ojos resplandecientes, aunque distantes. Permanecía bajo los rayos del sol, sin proyectar sombra alguna. En su rostro se trazó entonces una sonrisa, no una traviesa, sino expresando la pureza que su alma poseía. El aire se tornó más liviano a su alrededor, mientras las hojas descendían en tenues espirales.

Arahí no huyó. Había algo en el semblante de aquel niño —soledad, quizá— que la mantuvo inmóvil. El desconocido se sentó junto a ella con serenidad, y durante un prolongado tiempo ninguno pronunció palabra alguna. Compartieron el silencio como los hombres comparten el pan; para ambos, el silencio decía más que mil palabras.

Finalmente, cuando el muchacho volvió su mirada hacia el horizonte, el viento sopló con dulzura.

—Se dice que alejo a los niños de sus hogares —susurró—, pero tal vez solo los llevo a donde realmente pertenecen.

Pronto, el sol comenzó a ponerse, tiñendo el cielo de despedida. Entonces, Arahí parpadeó, y el niño ya no se encontraba allí, dejando atrás simplemente su tibieza y un aroma que se asemejaba a la pureza misma. Desde aquel día, cuando el mediodía se tornaba dorado y resplandecía, pintando los campos guaraníes de un tono áureo —como la melena de aquel joven—, Arahí solía posarse bajo aquel quebracho.

Al cabo de múltiples lunas, en aquella quietud que brinda la madurez, creía comprenderlo todo: quizás Jasy Jateré nunca se trató de un simple espíritu. Tal vez era el niño que toda persona deja atrás —aquel que aún aguarda, con familiar inocencia, exento de prejuicio alguno—.

El sol y la luna continuaron desplazándose en el horizonte, dando lugar a mil ocasos, acompañados de un sinfín de melodías entonadas por las aves, mientras que las hojas bailaban al compás de la brisa de dulces veranos.

Los años dejaron su firma en los matices de Arahí, dando lugar a mechones cenicientos donde antes llevaba una melena renegrída, y a surcos pronunciados que sustituían a la cándida y tersa piel que la acompañó en todas sus travesías. Aquel asiento en el cual con anterioridad su sabia abuela Arasy se posaba, pasó a ser de Arahí.

Asiduamente, durante su infancia confiaba que el día que tomara asiento en el extremo de la mesa, allá donde la mayor de la familia se hallaba, la tomarían en cuenta y su voz sería escuchada de la misma manera que lo hacían con el resto de familiares. Mas el día que se encontraba allí, encabezando a su familia por primera vez, advirtió que esta creencia no podría estar más alejada de la realidad. Pese a prometerse a sí misma miradas llenas de comprensión de parte de su parentela, solo recibió contundentes reproches acerca de su pueril carácter. La desairaban con el simple pretexto de su ingenuidad, condenando todo indicio de inocencia.



No obstante, como toda tormenta, tiene su fin. Entonces, el brillo habitual del sol retorna, con más fulgor que antes. Aquel destello de luz llevó por nombre Mimbi. Donde sea, su presencia iluminaba. Del mismo modo, la vida de Arahí resplandeció desde el momento en que a su cándida nieta tuvo en brazos.

Las vivencias experimentadas a lo largo del sendero de la vida de aquella mujer fueron transmitidas en su totalidad a la pequeña, parsimoniosamente. Innumerables ocasos siguieron tiñendo el cielo, así como un sinfín de nombres que Arahí acostumbraba a recordar fueron cayendo en el olvido gradualmente, mas aquellas sesiones prosiguieron pese a las penurias.

Empero, una remembranza seguía siendo recordada con fervor por ella, tal como si ni una sola primavera se hubiera marchado desde aquel suceso; mas Arahí se empeñó en guardar aquella reminiscencia para el momento que ella considerase oportuno.

Fue a inicios de verano cuando, al momento en que el bosque y las leyendas que lo envolvían fueron mencionados, estos causaron únicamente una sonrisa de escepticismo en Mimbi. Ante tal escena, su abuela simplemente la invitó al bosque a mitad del día, afirmando que allí le relataría acerca de una vivencia como ninguna otra.

Pasado el almuerzo, en el mismo momento en que el astro mayor resplandecía con más fulgor en el firmamento, el bosque era atravesado con serenidad por una dulce mujer, sujetando de la mano a una pequeña pelinegra.

Las palabras de Arahí se confundían con el murmullo del viento. Mimbi desvió momentáneamente su vista, vislumbrando un destello dorado que se asomaba entre los árboles, y una sonrisa, igual a la que décadas atrás había florecido en el rostro de Arahí, comenzó a iluminar el suyo.

Al asomarse el ocaso fue cuando su ausencia se hizo clamar en el silencio del hogar. Por consiguiente, la madre de Mimbi

se dirigió al bosque con el fin de hallarlas. Encontró a su hija, tendida bajo un quebracho, con una expresión de total sosiego. En un latido, la estrechó entre brazos. Solo entonces reparó que, donde aguardaba encontrar a Arahí, solamente se hallaba una flor de magnolia, tendida sobre el oscuro follaje.

Bajo la sombra del quebracho, entre las hojas y el silencio del monte, la flor había llegado finalmente al lugar donde realmente pertenecía.

15

HUBIESE SIDO UN SER HUMANO

Liz Mabel Verdún Núñez

Era una tarde muy pacífica, nos acomodamos mejor en la rama del enorme árbol, suspiré y, con la mirada perdida en un niño que jugaba en el parque, sin pensarlo demasiado dije:

—¡Me gustaría ir a jugar con él y poder ser su amiga!

Ella solo me sonrió tiernamente, como siempre solía hacerlo cuando yo decía algo que le causaba gracia. Entonces desvié la mirada hacia dos niñas que jugaban con algo en el verde pastizal y al parecer se divertían bastante.

—¿A qué juegan esas niñas? —pregunté, y con la mirada las señalé. Ella las observó por un largo tiempo.

—No recuerdo cómo se llamaba aquel objeto circular, pero si tu padre estuviese aquí... él lo sabría —dijo con una sonrisa desanimada.

—¿Y qué me dices de aquel túnel de color azul?

—Eso es un tobogán. Cuando yo conocí a tu padre, nos subimos en él para disfrutar de la noche cálida y apreciar la enorme luna.

—Ojalá pudieran repetirlo una vez más —susurré—, pero esta

vez conmigo.

—Hace muchos años atrás, en una hermosa noche estrellada, estuvimos los tres allí, pero no lo recuerdas porque eras demasiado pequeña —lo dijo con una expresión melancólica.

—¿Por qué no me lo habías dicho ya hace tiempo? —sentí una fuerte presión dentro de mí—. ¡Deberías hacerlo más a menudo!

—¿Hacer qué? —su rostro se formó en total confusión.

—Pues contarme más momentos que pasé con papá... Aunque no lo recuerde, buscaría la manera de imaginarlo en mi mente, como si esos momentos hubiesen ocurrido ayer.

—Escucha, Tany, todo tiene su momento y si te lo cuento todo muy rápido, no podrás sentirlos con profundidad —dijo con sus pequeños ojos de color café que transmitían dulzura y seguridad.

—Lo entiendo. Sabes que me encanta que de cariño me llames Tany. ¿Y cómo fue que me escogieron este nombre? —pregunté nuevamente, y dirigí la mirada a unos niños que corrían entre risas y gritos infantiles.

—Fue tu padre quien admiraba bastante el nombre que tienes, y anhelaba con que en algún momento tuviéramos una hija y llamarla así —me contestó al tiempo que sonreía al ver cómo jugaban los niños del parque.

—¿Sabes por qué admiraba este nombre, mamá?

—Claro que sí. Cuando él era muy joven, en un descuido se había caído en un pozo no muy profundo del cual, por más que intentó salir, no lo logró. Perdió toda esperanza de sobrevivir y ese mismo día, cuando caía la noche, llegó una niña que, al verlo tan pálido, pequeño y sin fuerzas, lo tomó en sus manos y lo dejó en un árbol. Fue ahí en donde escuchó cuando la madre de aquella niña la llamaba una y otra vez «Britany». Fue así como él

quedó plenamente agradecido con ella por salvarle la vida y, en forma de agradecimiento, prometió que si más adelante formaba una familia, a la hija la llamaría de la misma manera.

—Estoy sin palabras, jamás imaginé que mi nombre tuviese tal significado. Mamá, yo también quiero ser como ellos, poder ayudar así como lo hicieron con papá... En este momento ojalá pudiese sentir un abrazo de él —dije con la voz pálida.

Ella se acercó más a mí y me dio un fuerte abrazo, de aquellos que me hacían sentir segura.

—Tany, te prometo que esta noche iremos al tobogán para ver las estrellas y pedir deseos. ¿Qué te parece?

—Me parece que esta noche será única, pero, mamá, ¿a qué te refieres con deseos?

—Dime, ¿qué te gustaría ser o hacer en este mundo? Sin importar las dificultades.

Sentí cómo mi pequeño rostro se iluminó, sonreí, suspiré y con la mirada recorrí todo el parque.

—Me gustaría divertirme con todos los niños que vienen al parque por las tardes, reírme de las historias que cuentan, ir a la escuela, alimentar a las palomas, regalar ramos de flores como ellos lo hacen, que me enseñen cómo funciona una bicicleta, aprender a leer un libro, tener hermanos para no aburrirme rápido, poder dar grandes pasos y correr, poder ayudar, cantar... ¡Quiero aprender todo eso, y conocer qué otros poderes tienen, mamá!

Ella me observaba fijamente mientras yo expresaba todos mis deseos, los cuales siempre había anhelado aprender desde que era muy pequeña, cuando cada tarde solía observar las rutinas que hacían; tal vez fueran simples para ellos, pero a mí me fascinaban.



—Tany, tal vez lo que tengan no sean poderes, pero yo creo que tienen algo más interesante.

—¿Cómo harían todas esas maravillas sin poderes?

—Tal vez con algo similar pero llamado «talentos» —dijo mientras sonreía fugazmente.

—Esa palabra suena emocionante —dije y elevé la mirada a las ramas más altas—. Me pregunto si ellos se dan cuenta de todos esos increíbles talentos que poseen.

—Yo creo que sí, Tany, por eso los vemos ser felices con lo que hacen.

Bajé la mirada y observé a una pequeña niña que subía las escaleras del túnel azul, y luego se deslizó sobre él, mientras su padre la esperaba abajo para sostenerla. Enfoqué mi vista en el rostro de la niña y entendí claramente que ella era muy feliz. Su emoción me contagió, me acerqué a mi madre, la abracé y susurré:

—Esta Britany desea ser como ellos... ¡Tener talentos!

—Tany, nosotras también tenemos nuestros propios talentos.

—Pero lo que yo quería es tener el talento del ser humano... Ojalá hubiese sido un ser humano.

16

LA FLOR DE LOS DESEOS

Yamila Alejandra Dávalos

Una niña, cuyo nombre era Lily, fue quien la encontró. La pequeña flor, de un vibrante azul, relucía bajo la sombra de un frondoso árbol. Alrededor de esta, unas piedritas que, con su color apagado y sucio, desentonaban con el espacio frente a ella, formaban la frase: «Pide un deseo». Intrigada por la atmósfera mística del sitio, Lily exclamó:

—¿Pedir un deseo? Pero... ¿qué podría pedir?

Lo pensó un momento, observando a su alrededor en busca de algún testigo que pudiese verla. Al no percibir la presencia de nadie, se arrodilló rápidamente.

—Deseo que... deseo que...

Cerró los ojos y, repitiendo la frase, reflexionó por un minuto: «Solo es uno —se dijo a sí misma la niña—, así que debería asegurarme de que dure para siempre. Pero... ¿qué dura para siempre? Nada. Todo termina roto u olvidado. No hay nada en mi vida que sienta que deba mejorar o que quisiera cambiar... ¿O tal vez sí? Nunca me lo he puesto a pensar. ¡Qué decisión más complicada! —se lamentó la pequeña—. Bueno, mamá dice

que la vida es algo fugaz, así que las cosas momentáneas no tienen por qué ser malas; al fin y al cabo lo importante es vivir el momento, aunque...»

Lily suspiró exasperada: «No es divertido si solo dura un tiempo».

La niña se puso a pensar en su situación mientras observaba a unos pajaritos que estaban en las ramas del árbol frente a ella. De pronto, una idea se le cruzó por la mente. La vida es corta, es verdad, pero si uno es sabio y sabe cómo tomar las decisiones adecuadas, haría de ese deseo el correcto para su indecisa manera de ser.

—Eso es, deseo sabiduría —se decidió por fin la pequeña y sonrió satisfecha.

La flor brilló tenue con su tonalidad azulina. Lily se levantó, sacudió su ropa y regresó por donde había venido, orgullosa y emocionada por una sensación de creciente euforia en su pecho, debido a que aquel hermoso anhelo le sería generosamente entregado.



17

LUEGO DE TU PARTIDA

Lara Flores

Desde que partiste, papá, dejaste una huella inmensa que se acumula con insomnio y nostalgia. Partiste y ahí entendí lo que es vivir con el luto, aunque siempre estás en mí. En cada paso que doy siento que me acompañas; sé que viviste una vida digna porque lo diste todo y nunca escuché quejarte, pues lo que hacías era agradecer por todo lo que tenías aunque las circunstancias fueran otras.

Viejo querido, los pájaros cantando y el reflejo del sol son la certeza de que sigues en cada lugar dondequiera que vaya. Tu partida fue muy chocante porque jamás imaginé que una llamada cambiaría todo mi ser, con mis gritos de desesperación y preguntas sin responder. Tu partida me enseñó a evolucionar como persona, aunque en el fondo extraño tus consejos. El cielo azul se pinta porque tú brillas en él; sé que te armaron una fiesta cuando partiste, porque te necesitaban ahí más que en la tierra.

La pérdida de un ser amado no se vive llorando; se logra construyendo, pensando cómo quieres que la vida sea valorada, con hechos y no con palabras. Tu ausencia es un dolor, pero se vive con eso. Te busco en todas partes aunque la realidad indique lo contrario y sé que no estás. Te extraño y te busco hasta en mis sueños para pedirte que bajes y me des ese abrazo pendiente, mientras hasta se me olvida tu aroma y a qué sabían tus comidas favoritas.

Papá, me enseñaste que aunque no estés puedo ser fuerte y capaz. Donde sea que estés espero reencontrarme contigo, aunque sé que será larga la espera, pero lo bueno se hace esperar. Te encontraré en cada cosa que te gustaba hacer. Sé que no estás, pero siempre llevo conmigo los consejos que un día en vida me lograste decir y enseñar, contando los días para volver a verte, buscándote en mis sueños y en cada rincón de la casa, esperando tu llegada del trabajo, que me pidas que te saque el zapato y prepararte tereré para que me cuentes tu día y me dediques tiempo aunque estabas cansado.

El hombre que me enseñó el trabajo honesto, quien me bajó el cielo a la tierra con su fe de que luego de la tormenta viene la calma, eres mi héroe en mi historia y un hombre al que admiro. A pesar de todo, siempre llevaré conmigo al señor que me dio hasta lo poco que tenía. Su amor incondicional hizo que hoy me anime a escribirle y que más personas sepan lo que un padre logra por sus hijos. Aunque el mío partió al más allá, lo espero en mis sueños para que me dé ese abrazo pendiente.

Desde que partiste la casa no ha sido igual, las mañanas no son las mismas. Una llamada cambió mi vida ese miércoles 5 de noviembre a las 14:40, cuando me confirmaron tu deceso, papá. Una tarde que se me hizo eterna, pero aun así me levanto creyendo que estás de viaje y pronto regresarás, aunque sé que la realidad es otra.

Papito querido, sé que viviste una buena vida porque nos enseñaste a sobrellevar esta situación; nos levantaste cuando creímos que el mundo se nos venía abajo. Hoy me atrevo a escribirte una carta de admiración hacia ti. Luego de tu partida me costó, pero sí entendí que se vive con el luto. Cuando entraste a UTI creí que te perdía, pero nunca te rendiste. Tu deceso fue chocante porque venciste una enfermedad que ni los doctores pudieron creer; venciste a esa bacteria, pero Dios tenía otros planes para vos, mi querido y amado padre.



Aunque no estés, tu recuerdo permanece en mí. Con los ojos llorosos digo «mi papá falleció», pero me dejó el don de seguir aunque en el fondo duela. Don Marcial, donde estés sé que no hay dolor ni tristeza, pero me da nostalgia saber que un día estabas en la tierra tomando tereré y hoy te escribo con los recuerdos que hoy tengo de vos. Admiración tengo hacia ti porque eras tan único, una esencia inquebrantable que me hacías reír aunque las dificultades fueran otras.

Cuando te vi en esa camilla solo pedía que me reconocieras al despertar, y lo hiciste. Nos enseñaste que todo se vence con fe y paciencia. Cuando los doctores te diagnosticaron, tu caso era delicado y la positividad de que te recuperaras era baja. Hoy, 31 de julio, un año luego de que saliste de UTI, puedo decir que cuando uno quiere, puede. Mi papá fue muy fuerte, aguantó todo y nosotros como familia no lo dejamos.

Papi, no es un hasta nunca, es un hasta luego. Aunque no estés te llevo en el corazón. Olvidado es ese ser que nadie recuerda, pero tú siempre serás recordado por las personas que tuvieron el privilegio de conocerte, papito. Aunque la vida continúa, tu partida me enseñó a vivir y no resistir; a salir y no aislarme; a leer y vivir sin pensar en el mañana, sino pensar en el hoy. Luego de tu partida, una parte de mí fue al cielo contigo, papá Marcial.

18

NO SALGAN DE NOCHE

Fiorela Jazmín Rojas Vigo

—¿Alguna vez te preguntaste qué hay al otro lado del arroyo, Matías?

El susodicho, previamente concentrado en el pedazo de leña que estaba cortando, eleva la mirada con las cejas levantadas.

—¿A qué viene esa pregunta ridícula? —Su mano astillada se desplaza por un momento del hacha a su frente, limpiando unas gotas de sudor acumuladas—. ¿Ya terminaste de desplumar la gallina como te lo pedí?

El otro chico solo suspira exageradamente, sosteniendo entre los dedos la pata del ave, que se mece con cada movimiento que su dueño realiza.

—¿Por qué tengo que pelar yo la gallina? Es tan... —Por un segundo, sus ojos hacen contacto con los del animal sin vida, y un escalofrío recorre sus huesos de pies a cabeza—. Desagradable.

—No te estoy preguntando qué opinás, papito. Pelame esa gallina antes de que oscurezca; vos sabés cómo se pone mamá si entramos tarde a casa. —El tono de su hermano mayor es severo, como si esta discusión fuera el pan de cada día.

—Esa señora y sus creencias... —murmura, y su pequeña nariz parece arrugarse en una mueca infantil de disgusto.

Arranca grandes cantidades de plumas del cuerpo de la gallina con descuido y las deja caer en el aire, algunas siendo guiadas por el viento para bajar sobre sus pies desnudos.

El sol se comienza a ocultar en el horizonte, penetrando con sus últimos rayos a través de la alborada. Los pajaritos vuelan directo a sus nidos en una prisa digna de competición, y el viejo perro caramelo que antes estuvo ladrando por todo el terreno se arrastra a su caseta con la cola entre las patas.

Matías nota esto y deja su herramienta fija en el tronco, alzando los trozos de leña ya cortados en sus brazos y dirigiéndose un silbido breve a su hermano; uno que dice: «Tenemos que irnos ya».

Guille obedece de mala gana y se levanta de la roca sobre la cual se sentaba, arrastrando sus pies sobre la tierra colorada hasta llegar a la casa. El adolescente cierra la puerta detrás de ambos con cuidado de que las cosas no se le caigan, y va hasta la cocina lentamente.

La madre tararea una melodía de espaldas a los chicos. El delantal amarrado a su cintura presenta un par de manchas que nunca ha podido quitar, y su cabello se encuentra recogido en un rodete desordenado:

—Qué bueno que ya llegaron. Déjenme nomás la leña ahí a un costado y traigan el pollo.

El silencio llama la atención de Matías, quien mira a su hermano con las cejas furiosas, y su cara palidece a un tono casi blanco al ver sus pequeñas manos vacías.

—Ñandejára...

La señora se da media vuelta con curiosidad, y su paz se esfuma al instante:

—No va a ser... —Suspira, dejando caer la cabeza para atrás con los ojos tan apretados que podrían salir disparados—. Debería darte una paliza.

—Ay, puedo salir a traerla y ya —Guille argumenta con frustración en la voz, su mano derecha enterrada entre los mechones de su cabello—. No es ko para tanto...

—Enano, no... —regaña Mati, de brazos cruzados con decepción.

—Vos llegás a salir, y te van a comer las sombras. No estoy jugando contigo, nene. —No parece bromear.

Incrédulo, el menor de la casa rueda los ojos de manera exagerada y se retira de la cocina con destino a la ventana de la sala. De puntillas, observa el exterior a través del cristal, mas no logra ver ninguna de las supuestas amenazas que su familia tanto teme. Mira por sobre su hombro y se escabulle hacia la puerta del patio con mucho cuidado.

Al salir, sus ojos se ciegan, sus piecitos contactan la helada tierra y el pelo se le pone tan de punta que podría ser usado como antena.

—Hija, esto está complicado.

A paso precavido, y con brazos extendidos para evitar golpearse con un árbol, él camina bajo la noche en búsqueda de la gallina desplumada.

Al aproximarse a lo que creería que es el arroyo, un objeto resbaloso se cruza con su talón; cae al suelo con un golpe sordo. Su mano busca rápidamente la causa de la caída: una cabeza de pollo. No un cuerpo; solo la cabeza.



—¿Qué?

De pronto, los pasos apresurados de Matías se oyen desde atrás, y en poco tiempo se encuentra frente a su hermano:

—Nde, entrá ya antes de que mamá te vea —dice, preocupado y enojado—. No entendés vos, parece...

Como hueso quebrado, suena una rama cercana al partirse y ambos chicos levantan la mirada hacia el ruido, intentando ver alguna silueta o movimiento.

Guillermo se levanta y usa el movimiento para acercarse a su hermano, olvidando por completo el tema de la gallina:

—¿No tenés alguna linterna contigo? —Su voz suena a brisa, y la respuesta no llega—. ¿Matías?

De manera abrupta, la mano áspera de su hermano mayor se ubica con firmeza en la boca del chico. El muchacho lentamente se agacha hasta ponerse en cuclillas y con la mano libre le toma el brazo. Su agarre, aunque quiera ocultarlo, es tembloroso y frío.

Tras ellos, un ser vibra horriblemente, contagiando los huesos de los chicos mientras sus sutiles pasos se alejan. Una vez sus venas palpitan más fuerte que el ruido de los pasos, ambos caminan, raspándose con algunas ramas y acelerando el paso al ver la iluminación de su no tan lejano hogar, hasta que las rodillas de Matías ceden y su cuerpo cae al suelo.

Lo que antes eran pasos sutiles, ahora golpean el suelo enrabiados siguiendo el grito de un humanoide negro y de extremidades alargadas que encaja una de sus uñas en la carne suave del brazo del menor:

—¡AHHHHH! ¡SOLTAME! ¡NO, NO, AYUDA!

El grande forcejea; las uñas rasgan su piel, el chico lo jala y las uñas desgarran con un ruido húmedo. Un crujido rompe el cuello

del humanoide, permitiéndole estirarlo; abre su boca y muestra fila tras fila de sus sucios dientes incisivos antes de morder el hombro de Matías y arrancarle la carne con poco forcejeo.

Aterrado, y sin poder hacerle frente a siquiera una décima parte de la fuerza del ente desconocido, los dedos se le deslizan por culpa del sudor. El humanoide salta y desaparece entre las sombras, junto a los gritos de su hermano.

El pequeño se levanta con los pulmones ardiendo, pero antes de poder ir tras su hermano, es recogido por su madre y llevado dentro del hogar a toda prisa. La puerta se cierra de golpe y ambos caen al suelo entre sollozos y corazones acelerados.

La mano tiritante de la madre pasa por los mechones de su niño en un intento de consuelo, y con voz débil le susurra:

—Andá a la cama, ¿sí?

Guillermo no contesta. Sus piecitos sucios ya no le importan, y con la mente perdida se dirige a su habitación. Antes de notar que su ventana está abierta, un objeto resbaloso se cruza con su talón; cae al suelo con un golpe sordo. Su mano tantea el objeto y tiembla: es la cabeza de su hermano.

19

SEGUNDA

Dulce Samira Bernal Velázquez

Vio la mano abrirse antes de entender por qué. Los dedos, uno por uno, soltando el pelo que tenían agarrado. La mirada de la mayor seguía ahí, llena de rabia, los dientes apretados, y su propia garganta todavía sentía la presión de las uñas que un minuto antes habían estado a punto de cerrarse del todo. Pudo haber terminado ahí. Pudo haber ganado, o haber perdido de verdad, hasta el final. En cambio, abrió la mano primero.

Minutos antes era solo la hora de la cena. Poner los cubiertos, acomodar las sillas, algo tan normal y cotidiano que ni siquiera se piensa que algo así pasaría. Ese día no.

El padre, viejo, rengueando, cargaba las sillas de siempre, una por una, desde la cocina hasta la mesa. La menor lo miró desde la puerta y sintió, por primera vez en mucho tiempo, algo parecido a ser el hombre de la casa. Se acercó y le sacó las sillas de las manos:

—Déjame que yo lo hago, papá. Sentate.

Quería que él trabajara menos. Quería, aunque fuera por dos sillas, ser ella la que sostenía algo en esa casa. Vio a la mayor sentada, sin moverse, con un vaso de esos té “adelgazantes”:

—Poné los cubiertos hoy —le dijo la menor—. Hacé algo, aunque sea una vez.

La mayor se rió. Dijo que ella tampoco hacía nada.

—Al menos yo ayudo con la plata de la casa —contestó la menor.

No hizo falta más.

—Nde reikuaa mba'e —escupió la mayor, ya encima de ella—. ¿Vos sabés algo de lo que cuesta esta casa?

La agarró del cuello. Las sillas cayeron. Las uñas se clavaron antes de que la menor pudiera siquiera levantar los brazos para defenderse, y para cuando pudo reaccionar ya tenía a la otra encima, más alta, más grande, con todo el peso de su cuerpo empujándola contra la pared.

Desde la cocina, la voz de la madre. No una voz que ordenara parar, sino una voz quebrada, aguda, que gritaba una sola cosa:

—¿Ustedes quieren que me muera? ¿Eso quieren?

No por ellas. Por ella misma. Ni siquiera en ese momento, con sus dos hijas a punto de hacerse daño de verdad, la madre pensó primero en ninguna de las dos. Pensó en su propio corazón, en su propia presión, en su propio sufrimiento.

Y fue justo ahí, con la voz de la madre todavía en el aire, que la menor —perdiendo, en desventaja, con las uñas de su hermana todavía en su piel— abrió la mano que tenía cerrada en el pelo de la otra. La soltó primero.

No porque ya no le doliera. No porque hubiera perdonado nada. La soltó porque miró, por encima del hombro de su hermana, al padre parado en el marco de la puerta, quieto, sin poder moverse rápido para separarlas, con esa cara que ya no sabía pedir nada más que silencio. Y entendió, en un segundo, algo que nadie le

había explicado nunca en palabras: que esos dos viejos ya no tenían fuerza para sostener una guerra más. Que si ella seguía peleando, ganara o perdiera, los iba a romper a ellos también.

¿Todo eso por una frase?

De la madre que la trajo al mundo, la menor solo tenía retazos de información. Nadie le había contado nunca la historia completa, solo pedazos sueltos, dichos a medias, como si contarla entera fuera peligroso. Que se había ido. Que había un hermano, en algún lugar, que se había quedado con ella. Que la habían dado al día siguiente de nacer, casi sin tiempo de tener nombre propio.

La menor se armó su propia versión de esa historia, como se arman todas las historias que no nos cuentan: con lo poco que tenía. Se imaginó que la madre había elegido; que había mirado a sus dos hijos y había decidido quién se quedaba y quién se iba, y que ella había perdido ese sorteo antes de poder hablar, antes de poder pedir nada.

Después vinieron los padres adoptivos. Viejos ya para entonces, cansados, con una hija mayor —tampoco de su sangre— que llegó primero a esa casa. La menor pensó, de chica, que ahí por fin se terminaba la mala suerte; que esta vez sí la habían elegido a ella.

Tardó años en entender que la habían elegido, sí, pero no primero. Que en esa casa también había un orden, aunque nadie lo dijera en voz alta. La mayor bebía, se perdía días enteros, vendía su cuerpo cuando no tenía otra cosa para vender, y cuando el efectivo llegaba se iba tan rápido como venía. Aun así, cuando algo se rompía, cuando alguien tenía que ser defendido, los ojos cansados de esos dos viejos iban primero hacia ella. La menor hacía todo lo que se suponía que había que hacer para merecer un lugar. Nunca alcanzó. El amor, en esa casa, no se ganaba haciendo las cosas bien. Se repartía por otra ley que ella nunca llegó a entender del todo, una ley más vieja que ella, más vieja que esa casa.



Después de la pelea nadie habló mucho. El padre juntó las sillas caídas, despacio, como si cada una pesara más que antes. La madre se sentó, todavía con la mano en el pecho, todavía respirando fuerte, y no miró a ninguna de las dos hijas: miró la mesa, los platos vacíos, como si la cena fuera lo único que todavía podía arreglar.

La menor se tocó el cuello. Ardía. Iba a quedar marcada, seguramente, un par de días.

Se sentó igual, a poner los cubiertos que había pedido que pusieran, uno por uno, en su lugar y en el de todos, incluido el de su hermana.

Nadie le agradeció que hubiera soltado primero. Nadie supo, en realidad, que había sido una elección y no una derrota. Para la familia, esa noche fue una pelea más entre hermanas, de esas que pasan y se olvidan.

Pero ella lo sabía. Sabía que había tenido la fuerza y la había guardado. Que no había soltado porque no pudiera seguir: había soltado porque miró a dos viejos que ya no tenían nada más para dar, y decidió que el precio de ganar esa pelea era más alto de lo que estaba dispuesta a hacerles pagar a ellos.

Se tapó las marcas del cuello con el pelo, despacio, antes de que alguien pudiera verlas. Nadie preguntó si estaba bien. Nadie dijo nada, esa noche ni ninguna otra.

La culparon a ella de haber provocado la pelea. A ella, que había sido la mejor alumna, la que nunca faltaba al trabajo, la que hacía todo bien para que alguna vez la eligieran primero. No la defendieron. Otra vez, eligieron a alguien que no fuera ella.

20

UN TURRÓN ENTRE LOS ESCOMBROS

Rocío Monserrat Delvalle Benítez

Hola, mi nombre es Anita, tengo once años y vivo en Caraballeda, en el estado de La Guaira, Venezuela, en un edificio junto con mi madre y con mi hermano mayor, Julián, con quien siempre fuimos muy unidos.

Un día me tocó quedarme sola en casa junto con mi hermano por unos instantes, mientras mi madre salía por unas cosas para la casa. Recuerdo que era un sábado soleado y bonito. Estaba en la cocina desayunando cuando, minutos después, sentí un temblor muy fuerte que hizo que todo se destruyera alrededor muy rápido. Veía el caos y cómo todo se venía abajo en segundos. Mi hermano vino, me agarró y corrió hacia la cocina buscando alguna salida. En eso vi desplomarse todas las paredes. Nos agachamos juntos, y cayó el techo de la cocina, que impactó contra la parte superior de un electrodoméstico. Este no se aplastó por completo, y creó un pequeño espacio hueco a su lado.

Después de eso todo se volvió oscuro. Todo lo que veíamos alrededor era concreto. Entré en caos y empecé a llorar, pensando en qué había pasado con mi mamá y con los vecinos que vivían alrededor nuestro. Mi hermano me dijo:

—No te preocupes, todo estará bien. Estamos a salvo, yo te voy a cuidar.

Pasaron las horas y todo seguía igual: oscuro. Se oía a personas pidiendo ayuda, otras gritando un nombre en particular. Julián tenía un celular, pero no agarraba nada de señal, así que no podíamos avisar ni enviar nuestra ubicación para que alguien supiera dónde estábamos.

Pasaron las primeras veinticuatro horas. Estábamos atrapados bajo los escombros y no teníamos nada para comer. De pronto, mi hermano notó un pequeño hueco entre los restos que era estrecho, apenas lo suficiente para que entraran sus brazos, y parecía conectar con un mueble que había caído junto a nosotros.

—Tal vez haya algo ahí... —dijo mi hermano—. Voy a intentar sacar lo que encuentre.

Metió los brazos con cuidado y comenzó a tantear a ciegas. Hizo fuerza, estirándose lo más que podía, hasta que finalmente sus dedos encontraron algo. Lo sujetó con fuerza y logró sacarlo: era una barra de turrón.

Pero ahí mismo, sin darse cuenta, movió algo que sostenía el pequeño espacio. Se escuchó un crujido seco. El hueco se deterioró y los escombros se cerraron sobre su otro brazo, que había quedado adentro. La sangre comenzó a correr mientras él intentaba liberarse, atrapado entre los restos que se desmoronaban lentamente. Yo me asusté, y él me dijo que no era nada, que no mirara eso. Sonrió y además dijo:

—Mira, logré sacarlo. Vamos a comerlo juntos, ¿sí?

—Sí —le respondí.

Y comimos la barra que había sacado. A él le dolía mucho el brazo, pero no lo hacía notar; todo eso por cuidarme a mí.

Ya habían pasado treinta y dos horas del suceso y seguíamos

esperando un milagro en el que nos rescataran. No lograba dormir, y Julián me dijo:

—¿Quieres que te cante una canción para dormir un poco? La que mamá nos cantaba siempre para dormir. A ver, canta conmigo:

*Duérmete, mi niña, duerme ya,
con los angelitos vas a soñar,
esta niña hermosa tiene sueño ya
y su hermano la va a abrazar.*

Con esa canción me dormí, y al otro día desperté al escuchar una voz que decía:

—¡Holaaaaa...!

Yo grité:

—¡Holaaaaa, estamos aquí!

La voz me respondió:

—Sigue hablando así, vamos hacia ti.

Yo seguí gritando con todas mis fuerzas. Luego noté que mi hermano no despertaba.

—Julián, ya nos encontraron, vamos a salir de aquí —le dije—. Por favor, hermano, despierta.

Minutos después vi el concreto moviéndose, y detrás de él, a un rescatista que me dijo:

—Vamos a sacarlos de aquí, ¿sí? Con cuidado.

Yo entré en caos por mi hermano. El rescatista se acercó a él y me dijo:

—Sigue respirando. Vamos a sacarlo.

Y, haciendo todo el proceso, lograron sacarnos a los dos. Al salir de allí vi a mi mamá; ella estaba más que feliz de saber que estábamos con vida.

A mi hermano le tuvieron que amputar el brazo, pero pudo sobrevivir. De las casi cincuenta personas que habitaban en nuestro edificio, solo tres lograron ser rescatadas con vida: mi hermano, yo y una persona más. En todo el país ya han registrado al menos 3899 muertos y 16 740 heridos.

Esta es mi historia, y lo que mi hermano hizo por mí: todo solo para salvarme.

Dedicado a todas las víctimas del terremoto de Venezuela del 24 de junio, y a quienes encontraron la fuerza para proteger a otros en medio del desastre.





Kreusser e/ Independencia y Honorio González
+595 71205454 - recepcion@unae.edu.py
Encarnación - Paraguay